

OBEDIENCIA.

Jesucristo es el
mejor modelo
de obediencia.

JESUCRISTO, dice el Evangelio, estaba sumiso á José y á María: *Erat subditus illis.* (Luc. II. 51). Con treinta años de sumisión á sus padres, Jesucristo ha querido enseñarnos que la perfección de la virtud y de la religion consiste principalmente en la obediencia. Jesucristo, dice S. Pablo, ha preferido perder la vida ántes que faltar á la obediencia: *Factus obediens usque ad mortem, mortem autem crucis.* (Philipp. II. 8).

Mi alimento, dice Jesucristo á los judíos, es hacer la voluntad del que me ha enviado, y dar cumplimiento á su obra: *Meus cibus est ut faciam voluntatem ejus qui misit me, ut perficiam opus ejus.* (Joann. IV. 34). He bajado del Cielo, no para hacer mi voluntad, sino del que me ha enviado: *Descendi de Celo, non ut faciam voluntatem meam, sed voluntatem ejus qui misit me.* (Joann. IV. 38). No busco mi voluntad, sino la voluntad del que me ha enviado: *Non quero voluntatem meam, sed voluntatem ejus qui misit me.* (Joann. V. 30). Al hallarse en el huerto de los olivos, sumergido en profunda agonía, aquel gran Dios dijo, en vista de los sufrimientos que le esperaban; Padre, aparta de mí este cáliz; pero hágase, no obstante, tu voluntad, y no la mía: *Pater, si vis, transfer calicem istum á me; verumtamen non mea voluntas, sed tua fiat.* (Luc. XXII. 42).

Hablando por boca de su profeta David, Jesucristo dijo á su Padre: ¡Héme aquí! Está escrito al principio del libro que he de hacer tu voluntad; y yo lo he querido, Dios mio: *Eccc venio. In capite libri scriptum est de me, ut facerem voluntatem tuam; Deus meus, volui.* (Psal. XXXIX. 8). Aunque Hijo de Dios, dice S. Pablo, Jesucristo aprendió á obedecer, porque sufrió: *Et quidem, cum esset Filius Dei, didicit ex his, que passus est, obedientiam.* (Hebr. V. 8).

Jesucristo hizo y dijo cosas muy grandes durante los treinta primeros años de su vida, y el Evangelio las comprendía todas en las siguientes palabras: *Erat subditus illis.* (Luc. II. 51). Jesucristo lo hacia todo por obediencia: la obediencia tiene, pues, un mérito infinito.....

De la misma manera que la obediencia del segundo hombre es tanto más laudable por haber sido obediente hasta la muerte, la desobediencia del primer hombre es tanto más detestable por haber sido desobediente hasta la muerte (1).

A ejemplo de Jesucristo, los Santos de todos los siglos han practicado la obediencia.....

(1) Sicut obedientia secundi hominis eo predicabilior est, quo factus est obediens usque ad mortem; ita inobediencia primi hominis eo detestabilior, quo factus est inobediens usque ad mortem. *De Creat. lib. XIV. c. XV.*

¿Que hizo Jesucristo con su obediencia toda, dice S. Ambrosio, sino cumplir el deber de la piedad? (*Lib. III. Offic., c. V.*) ¿Que hizo Jesucristo en medio de nosotros, dice el venerable Beda: sino obedecer para manifestarnos la necesidad de la obediencia? (*Collectan.*). Jesucristo hizo un precepto de la obediencia, cuando dijo á sus Apóstoles: El que os escucha, me escucha; y el que os desprecia, me desprecia: *Qui vos audit, me audit; et qui vos spernit, me spernit.* (Luc. X. 16).

Si obedecéis, dice Clemente de Alejandria, tenéis la luz eterna, y si no obedecéis, el infierno: *Si obedieris, lucem; si non obedieris, ignem (abebis).* (Lib. III. Strom.).

Hijos, obedeced á vuestros padres en el Señor, dice S. Pablo: *Filii, obedite parentibus vestris in Domino.* (Ephes. VI. 1). Esclavos, obedeced á vuestros dueños: *Servi, obedite dominis.* (Ephes. VI. 5). Si S. Pablo, dice S. Crisóstomo, manda así á los hijos que obedezcan á sus padres, y á los sirvientes que obedezcan á sus amos, considerad con qué cuidado debemos obedecer á Dios, que nos ha sacado de la nada, nos alimenta, nos viste, nos conserva á cada instante, y nos ha rescatado. (*Homil. ad pop. in Epist. ad Ephes.*).

Advertidles que estén sumisos á los principes y á los poderosos, dice S. Pablo; obedezcan á la palabra, y estén dispuestos á toda obra buena: *Admone illos principibus et potestatibus subditos esse, dicto obedire, ad omne opus bonum paratos esse.* (Tit. III. 1).

Este pasaje de la carta del Apóstol á su discípulo Tito, manda que obedezcamos á todos nuestros superiores espirituales y temporales.....

Es necesario que en todos sus movimientos el hombre esté contenido por las prescripciones de la regla; es necesario que obedezca como la bestia de carga sujeta por el freno y la rienda, y viva conforme á las leyes eternas, dice S. Gregorio (1).

Hemos de obedecer á la voluntad de Dios, como la arcilla se amolda á la voluntad del alfarero, dice el mártir S. Justino: *Cedendum est voluntati Dei, sicut lutum obsequitur suo figulo.* (Epist.).

Así como no debemos esperar una victoria si no nos dirige un buen jefe, ni llegar al puerto sin piloto, es tambien imposible que escapemos de los peligros del océano de la vida, sin obediencia, dice S. Laurencio Justiniano (2).

¿Quiere Dios acaso holocaustos y victimas? ¿No prefiere que su voz sea obedecida? La obediencia es preferible á todos los sacrificios, dijo Samuel al rey Saul: *¿Numquid vult Dominus holocausta et vi-*

(1) Necesso est ut homo in cunctis suis motibus sub dispositione discipline religatur, et iniquum quodestiam animal foris vinculum serviat, atque eternis dispositionibus restrictum vivat. *Lib. Moral.*

(2) Sicut sine duce non consistit de victoria, ac sine gubernatore non perveniunt ad portum; ita et absque obedientia impossibile est in vite hujus pelago non periclitari. *Lib. de Ligno vite, c. III.*

La obediencia
es necesaria.

climas, et non potius ut obediat voci Domini? Melior est enim obediencia quam victimae? (1. Reg. XV. 22).

Escuchad, hijo mio, dice el Señor en los Proverbios, escuchad las reconvenções de vuestro padre, y no despreciéis las órdenes de vuestra madre: *Audi, fili mi, disciplinam patris tui, et ne dimittas legem matris tuae.* (1. 8).

Cuando Dios levanta su voz, dice S. Agustín, es menester obedecer sin replicar: *Divino intonante præcepto, obediendum est, non disputandum.* (Lib. Civit.).

Dabamos obedecer principalmente á los superiores.

Los inferiores deben ver en sus superiores la misma persona de Jesucristo, y han de conformarse á sus órdenes, como emanadas de los mismos labios del Salvador.... Sea Dios, ó el hombre representante de Dios, el que nos comunica una orden cualquiera, dice S. Bernardo, hemos de obedecer con igual cuidado y respeto. En todo lo que no se opone visiblemente á Dios, debemos dar oído como á Dios mismo á aquel que para nosotros ocupe el lugar de Dios (1).

El mismo padre dice muy bien: Si el alma desea reinar en la carne, es necesario que esté ella también sometida á su superior; pues encontrará á su inferior dispuesto de la misma manera que ella se haya conducido con su superior; porque la criatura se arma para vengar la injuria inferida á su Criador. Sepa, pues, que no se ha sometido bastante á los poderes superiores el alma que encuentra la carne rebelde (2).

El alma racional, dice S. Agustín, es señora de su cuerpo; pero no sabrá mandar á este inferior si no sirve á Dios, que es su Señor, con toda la sumisión de la caridad: *Rationalis anima est domina corporis sui, que inferiori non bene imperabit, nisi superiori se Deo tota caritatis subiectione servierit.* (Enchirid.).

Obedeced á vuestros superiores, dice el Apóstol de las Gentes, y sed sumisos á sus órdenes; para que velando, como habiendo de dar cuenta de vuestras almas, lo hagan con alegría, y no gimiendo; pues esto no nos conviene (3).

Sed sumisos á Dios, dice el apóstol Santiago: *Subditi estote Deo* (XIII. 17); y á vuestros superiores, como representantes de Dios.

Estad seguros, dice S. Jerónimo, que todo lo que manda un superior de monasterio es saludable: no juzguéis sus órdenes, pues vuestro deber es prestar obediencia, y cumplir lo que se os ordena,

(1) Sive Deus, sive homo vicarius Dei, mandatum quodcumque tradidit, pari profecto obsequium est curio, pari reverentia referendum. Ipsam quem pro Deo habemus, tantum Deum, in his, que aperte non sunt contra Deum, nutrire debemus. *Serm. in Fest. omn. Sanct.*

(2) Animo, si regere desiderat super membra sua, necesse est ut sit ipsa superioris sui subiecta: quomodo talem inveniat inferius sum, qualem se exhiberit superiori. Armatur enim creatura ad obediendam sui injuriam Creatoris, et ideo novit animam, que rebellem sibi invenit carnem suam, se quoque minus quam oporteat superioribus potestatibus esse subiectam. *Serm. in Fest. omn. Sanct.*

(3) Obedite preceptis vestris, et subiacete eis. Ipsi enim pervigilant, quasi rationem pro animabus vestris redditari, ut cum gaudio hoc faciant, et non gementes; hoc enim non expetit vobis. *Hebr. XIII. 17.*

como observando lo que dice Moisés: Israel, escucha, y calla: *Audi, Israel, et tace.* (Epist. ad Rustic.).

Los monjes de Egipto, dice Casiano, recibían las órdenes de sus superiores como si hubiesen procedido directamente de Dios, y se apresuraban á cumplimentarias sin hacer ningun comentario. (*Vit. Patr.*).

El que haya aprendido bien á obedecer, dice S. Gregorio, no sabe discutir ni juzgar: *Nescit judicare quisquis perfecte didicit obedire.* (Lib. II. in I. Reg.).

Pero, dicen algunos, es demasiado difícil obedecer. ¿Ha sido vuestra obediencia probada como la de Abraham? ¿Se os han mandado cosas tan penosas? Ved lo que dice la Escritura: Dios probó á Abraham, y le dijo: Abraham, Abraham.—Abraham contestó: Aquí me tenéis, Señor. Y Dios le dijo: Toma al único hijo, á quien tú quieres, á Isaac, vé á la tierra de vision, y allí ofrécete en holocausto sobre una de las montañas que te mostré.... (1).

¿Está nuestra obediencia sujeta á las mismas pruebas que la de Job... la de Tobias... la de la Madre de los Macabeos?....

¿Tenemos que obedecer á órdenes tan terribles como las que acató el mismo Jesucristo, con razon comparado á un Cordero llevado á la carnicería sin dar un grito? Y ninguna cosa difícil tuvieron que cumplir María y los Apóstoles? Inclinando la cabeza, los Apóstoles sufrieron el yugo de la obediencia, dice S. Basilio, y arrastraron alegremente en las plazas publicas las afrentas, las pedradas, las ignominias, las cruces y diversos géneros de muerte (2).

¿Qué se os exige á vosotros?....

El Papa Juan XXII dice que la pobreza es un gran bien, la castidad otro bien más excelente, pero la obediencia el mayor de todos; pues la pobreza no reina más que en las cosas exteriores y de poco valor, la castidad sobre la carne, en tanto que la obediencia reina en el espíritu y en el corazón. (*Hist. Eccles.*).

La desobediencia de Adán perdió á los hombres, y la obediencia de Jesucristo los salvó á todos.

La obediencia es muy excelente: 1.º Hace que el hombre se someta á Dios, y recíprocamente Dios al hombre.... 2.º La obediencia sacrifica á Dios las más nobles facultades del hombre, es decir, su inteligencia y su voluntad, á las que renuncia, consagrándolas á Dios en la persona de sus superiores. Por esto ha escrito S. Gregorio: El profeta Samuel dijo á Saul que la obediencia es preferible á los sacrificios, porque el sacrificio de las victimas es la inmolación

(1) Tentavit Deus Abraham, et dixit ad eum: Abraham, Abraham. At ille respondit: Adsum. At ille: Tolle unum unigenitum, quem diligis, Isaac, et vade in terram visionis; et pone ibi offerens eum in holocaustum super unam montium quem monstravero tibi. *Gen. XXII. 1-3.*

(2) Apostoli, submissa mentis cervice, obediencie jugum subierunt, alacris animo in fora, in contumelias in lapidationes, in ignominias, in cruces, in vicibus necesse processerunt. *Hom. II. in Act. Apost.*

Respuesta á los que objetan que es demasiado difícil obedecer.

Excelencia de la obediencia.

de una carne extraña, en tanto que la obediencia es la inmolación de la voluntad propia: *Quia per victimas alienacaro, per obedientiam voluntas propria maceratur.* (Lib. XXXV. Moral., c. X). 3.º Todo lo que se hace por obediencia, adquiere un mérito infinito, y proporciona una multitud de bienes. Hablando de S. Francisco de Asís, S. Buenaventura dice que aquel gran Santo afirmaba que la obediencia consigue tan abundantes recompensas, que los obedientes reciben sin cesar alguna gracia.... 4.º La obediencia es madre de las virtudes. Por esta razón dice S. Gregorio: la obediencia es la única virtud que siembra las demás virtudes en el alma, y que, después de haberlas sembrado, las conserva: *Sola virtus est obedientia, quæ virtutes cæteras menti inserit, insertasque custodit.* (Lib. XXXV. Moral., c. X). 5.º Dios guía de una manera cierta y segura al que se somete á sus superiores, y le conduce directamente al puerto de la salvación. La obediencia, dice S. Juan Climaco, es una perfecta negación del alma y del cuerpo; es una muerte voluntaria, una vida sin inquietud, una navegación sin peligros, el sepulcro de la voluntad y una vida de humildad. Nos asemeja á un hombre que anda durmiendo y avanza hacia el término de su viaje. Vivir en la obediencia no es más que poner nuestra carga sobre las espaldas de otro, nadar con el sosten de una mano extraña, ser llevados sobre las aguas para no ahogarnos, y atravesar sin peligro por el camino más corto y cómodo del grande y peligroso océano de la vida. (Grad. IV).

La obediencia es tan excelente, que Jesucristo la prefirió á la vida. Pero ved la recompensa de tan grande obediencia: Por tal causa, dice el Apóstol de las naciones, Dios le ha exaltado, dándole un nombre superior á todos los nombres, á fin de que al nombre de Jesús se doblen todas las rodillas en el Cielo, en la tierra y en los infiernos (1).

La obediencia es preferible á los sacrificios: 1.º porque la obediencia es la inmolación de la voluntad. El hombre, dice S. Bernardo, es tanto más agradable á Dios, cuanto más presto se sacrifica con la espada del precepto, después de haber reprimido el orgullo de su libertad: *Tanto quisque Deo citius placeat, quanto oculis ejus, repressa arbitrii superbia, gladio præcepti se immolat.* (Epist.). 2.º Porque la obediencia hace que nuestra voluntad se conforme á la voluntad de Dios, que es santísimo y es la forma y la regla de toda virtud y santidad. 3.º Porque la obediencia hace de la voluntad un sacrificio vivo y continuo, en tanto que los antiguos sacrificios se componían solamente de la carne de los animales sacrificados, y duraban pocos instantes. En este sacrificio místico, pero muy noble, la voluntad muere, y sin embargo vive; muere para sí misma, y vive en Dios y en la voluntad divina.

Hay un mérito mucho mayor, dice S. Gregorio, en someter la

(1) Propter quod et Deus exaltavit illum, et donavit illi nomen quod est super omne nomen; ut in nomine Jesu omne genuflectatur, caelestium, terrestrium et infernorum. Philipp. II. 8.

propia voluntad á la voluntad ajena, que en macerar nuestro cuerpo con largos ayunos, ó que en atormentarnos con sacrificio secreto por compuncion. El que ha aprendido á subordinarse completamente á la voluntad de sus superiores, tendrá en el Cielo mayores méritos y mayor gloria que los que ayunan y lloran (1).

El que obedece con modestia, es digno de mandar. Mandarse y vencerse á uno mismo, es el más grande y más precioso de los imperios.

Escuchad, hijo mío, dice el Señor, en los Proverbios, escuchad las reconvenções de vuestro padre, y no despreciéis las órdenes de vuestra madre, á fin de que recibáis una corona para vuestra frente y un brillante collar: *Audi, fili mi, disciplinam patris tui, et ne dimittas legem matris tuæ; ut addatur gratia capiti tuo, et torques collo tuo.* (I. 8-9).

Varias son las coronas, principio de gracia y de hermosura, prometidas á la obediencia. La primera es la corona del amor de Dios y de los hombres.... La segunda, la corona de todas las virtudes; pues las hace obligatorias todas, ó las aconseja....

El collar significa tambien la práctica constante de las virtudes, su union habitual, y la corona su valor....

El abate Juan, en el lecho de la muerte, contestó á sus religiosos que le preguntaban cómo habia llegado á tan alta perfeccion: Jamás he hecho mi propia voluntad, y jamás he mandado tampoco nada á los otros que no lo haya hecho yo el primero. (Cassian. de Instit. monach. lib. V, c. XXVIII).

La tercera corona de la obediencia es la abundancia de la plenitud de las gracias que Dios, remunerador de la obediencia, concede al hombre que practique exactamente tan sublime virtud. La cuarta corona es la del triunfo y del reino de los Cielos....

La obediencia es la salvacion de todos los fieles....

La primera ventaja de la obediencia es que nos hace victoriosos.

El hombre obediente contará sus victorias, dicen los Proverbios: *Vir obediens loquetur victorias.* (XXI. 28).

¿Quereis que todo os esté sometido? dice Séneca. Someteos á la razon: *Si vis tibi omnia subjicere, subjice te rationi.* (Epist. XXXVII). Someteos á la razon, y ante todo á Dios, que es la razon suprema....

El hombre obediente contará sus victorias. Porque, dice S. Bernardo, cuando nos sometemos humildemente á una voz extraña, nos dominamos á nosotros mismos en el fondo del corazón: *Quia dum alienæ voci humiliter subdimur, nosmetipsos in corde superamus.* (Serm. de Vit. obed.).

Era injusto, dice S. Agustín hablando del desobediente Adán, era injusto que su sirviente, es decir su cuerpo, le obedeciese, á él que no habia obedecido á su Señor. En el castigo de aquel peca-

Ventajas de la obediencia. La primera ventaja es la victoria.

(1) Longe altioris est meriti propriam voluntatem alienam semper voluntati subjicere, quam magnis jejuniis corpus abovere, aut per compunctionem se in secretiori sacrificio molare; qui perfecte voluntatem præceptoris implere didicit, in castro regno, et abstrusentibus et floribus excellit. Moral.

do, ¿qué penas impuso á la desobediencia más que otra desobediencia? (1).

El hombre obediente contará sus victorias: *Vir obediens loquetur victorias*. Sola la obediencia tiene la palma, dice S. Agustín, y la desobediencia sola halla el castigo: *Sola obedientia tenet palmam; sola inobedientia invenit ponomam*. (In Psal. LXXIII).

Jesucristo, que fué obediente á su Padre y hasta á Pilatos, á Ana, á Caifás y á todos sus verdugos, triunfó de todo, del pecado, de la muerte y del infierno.....

El hombre obediente contará sus victorias: 1.º contra el demonio y todas sus legiones..... Cuando nos sometemos á los hombres por Dios, dice S. Gregorio, dominamos á los espíritus soberbios. Con las otras virtudes combatimos, es verdad, á los demonios; pero con la obediencia quedamos victoriosos de ellos. Los que obedecen, son pues vencedores; pues, sometiendo perfectamente su propia voluntad á los demás, dominan á los ángeles que cayeron por desobediencia (2).

Una de las razones principales por las que la obediencia hace triunfar del infierno, es que con auxilio de tan preciosa virtud descubrimos las astucias y cobardías del príncipe de las tinieblas. Por esto decía S. Antonio: Conviene que el religioso dé á conocer en lo posible todos sus pasos y proyectos á sus superiores, si quiere seguir siempre el camino recto. (*Vit. Patr.*).

El hombre obediente contará sus victorias: 2.º contra el mundo, no haciendo nunca su voluntad, sino siempre la de Dios, de la Iglesia y de sus superiores.....

El hombre obediente contará sus victorias: 3.º contra el más peligroso de sus enemigos, contra sí mismo. El que no se somete voluntariamente á su superior, dice el autor de la *Imitación de Jesucristo*, manifiesta que su carne no le está aún perfectamente subordinada, sino que á menudo murmura y se rebela. (*Lib. III. c. III, n. 1*).

En verdad, dice Álvarez, el vencerse á uno mismo es la principal victoria de la obediencia. Dominándose, el hombre que vence todas las demás cosas, se manifiesta todopoderoso, y saca mayor gloria de esta gran acción que de cualquier otro triunfo. Con la obediencia, el hombre triunfa de sí mismo; porque á su juicio, encadena su voluntad, preserva de una engañosa libertad su cuerpo y todas sus peligrosas inclinaciones, y pone todas sus facultades al servicio de Dios. Triunfa de sí mismo; porque violenta sus deseos, y por amor á Dios se somete voluntariamente á la voluntad de otro. (*Tract. de Obedient.*).

El hombre obediente proclamará, pues, y celebrará sus victorias.

(1) Injustum enim erat ut obtemperaretur á servo suo, id est, á corpore suo, si qui non obtemperaverat. In omni suo, in illis peccati peso, quod inobediencie nisi inobediencia retributa est *Tract. VIII. in Epist. S. Joann.*

(2) Dum pro Deo hominibus subjungimur, superbos spiritus superamus: eandem quidem virtutis actionem impromamus, per obedientiam vincimus. Victores ergo sunt qui obediant; quia, dum voluntatem suam illis perfecte subjungunt, ipsi ipsius per inobedientiam angelis dominantur. *Lib. IV. in 1. Reg., c. V.*

victorias alcanzadas contra el infierno, contra el mundo y contra sí mismo, y recibirá de Jesucristo inmensas recompensas, según las siguientes palabras del Apocalipsis: Daré de comer al vencedor el fruto del árbol de la vida que está en el paraíso de mi Dios; *Vincti dabo edere de ligno vite, quod est in paradiso Dei mei*. (II. 7). El que vencerá, no será herido con la segunda muerte: *Qui vicerit, non ledetur á morte secunda*. (II. 11). Daré al vencedor un maná oculto; y le daré una piedra blanca, y sobre la piedra estará escrito un nombre nuevo que nadie conoce más que el que lo recibe: *Vincti dabo manna absconditum, et dabo illi calculum candidum; et in calculo nomen novum scriptum, quod nemo scit, nisi qui accipit*. (II. 17). Al que haya vencido y perseverado hasta el fin en mis obras, le daré poder sobre las naciones: *Qui vicerit, et custodierit usque in finem opera mea, dabo illi potestatem super gentes*. (II. 26). El que haya vencido, recibirá vestidos blancos, y no borrará su nombre del libro de la vida, y confesará su nombre ante mi Padre y ante sus ángeles: *Qui vicerit, restietur vestimentis albis, et non delibo nomen ejus de libro vite, et confitebor nomen ejus coram Patre meo, et coram angelis ejus*. (III. 5).

Haré del que haya vencido una columna para el templo de mi Dios, y no saldrá más de allí; sobre él escribiré el nombre de mi Dios, y el nombre de la ciudad de mi Dios, de la nueva Jerusalem, que por mi Dios baja del Cielo, y mi nuevo nombre: *Qui vicerit, faciam illum columnam in templo Dei mei, et foras non egredietur amplius; et scribam super eum nomen Dei mei, et nomen civitatis Dei mei, nove Jerusalem, que descendit de Cælo á Deo meo, et nomen meum novum*. (III. 12). Al que haya vencido, le permitiré que se sienta conmigo en mi trono: *Qui vicerit, dabo ei sedere mecum in throno meo*. (III. 21). El que venza, poseerá estas cosas; y yo seré su Dios, y él será mi hijo: *Qui vicerit, possidebit hæc; et ero illi Deus, et ille erit mihi filius*. (XXI. 7).

¡Jamás se han oído promesas más magníficas y ventajosas!

El hombre obediente contará sus victorias: 4.º venciendo á todos los enemigos que tenga; porque la obediencia abate ejércitos..... Será vencedor de los paganos, de los herejes y de todos los hombres en general, por más impíos que sean.

El hombre obediente contará sus victorias: 5.º conseguidas cerca Dios mismo. Si queréis que Dios os oiga, obedecedle. Si le obedecéis, someterá á vuestras órdenes todo lo que ha creado, y os comunicará su omnipotencia, porque escrito está que el Señor hará la voluntad de los que le obedecen y temen: *Voluntatem timentium se faciet*. (Psal. CXLIV. 19). Sauto Domingo decía que con su obediencia alcanzaba cuánto pedía á Dios. (*In ejus vita*). Lo mismo ha sucedido á todos los Santos. Dios les obedecía, porque ellos le obedecían.....

La obediencia nos hace triunfar de la tierra, de los animales, del mar, del fuego, del sol y del infierno. Todo lo que se empre-

de por obediencia, es ordinariamente coronado de un feliz éxito. Obedeciendo á Dios, Moisés triunfa del mar Rojo, Josué separa las aguas del Jordán y manda al sol (*X. 14*), los tres niños arrojados en el horno fueron respetados por las llamas, etc. (*Daniel III*). Obedeciendo á Jesucristo, Pedro anduvo impunemente sobre las aguas. (*Math. XIV. 29*). La tierra toda está sometida al hombre obediente, y muchas veces grandes Santos han contenido terremotos y otros azotes. El infierno mismo está obligado á someterse al que obedece á Dios.

La segunda ventaja de la obediencia es que alimenta el alma.

La segunda ventaja de la obediencia es ser un alimento excelente para el alma. Mi alimento, dice Jesucristo, es hacer la voluntad del que me ha enviado. *Meus cibus est, ut faciam voluntatem ejus qui misit me.* (Joann. IV. 34).

Sepan pues los cristianos que su alimento espiritual debe ser la obediencia.

La tercera ventaja de la obediencia es que constituye un remedio.

La tercera ventaja de la obediencia es que purifica el alma y la cura, y algunas veces tambien el cuerpo. Elias mandó á Naaman el Sirio que se lavase siete veces en las aguas del Jordán: éste obedeció, y la lepra que cubria todo su cuerpo, desapareció al punto. (*IV. Reg. V*). Los diez leprosos recibieron de Jesucristo la orden de presentarse á los sacerdotes; obedecieron, y al ir quedaron sanos: *Ite, ostendite vos sacerdotibus. Et dum irent, mundati sunt.* (Luc. XVI).

La cuarta ventaja de la obediencia es que enaltece al hombre.

La cuarta ventaja de la obediencia es que enaltece al hombre, aumenta su dignidad, y le ennoblece. Moisés, por haber obedecido á Dios, llegó á ser jefe del pueblo predilecto; obró numerosos y deslumbrantes prodigios, é hizo palidecer al criminal y endurecido rey de Egipto. Los Apóstoles, por obedecer á Jesucristo, llegaron á ser los fundadores de la cristiandad y los príncipes de la Iglesia militante y triunfante....

La quinta ventaja de la obediencia es que atrae las bendiciones de Dios.

Dios derrama sus bendiciones más abundantes sobre los que le obedecen.

Por su obediencia merece Abraham aquella gran promesa y bendición de Dios: Te pondré al frente de una gran nación, te bendeciré, enalteceré tu nombre, y serás bendito. Bendeciré á los que te bendigan, maldeciré á los que te maldigan, y en ti serán bendecidas todas las naciones de la tierra (1).

En las palabras de Dios á Abraham, encuentra el cardenal Cayetano siete bendiciones, otras tantas recompensas de la obediencia. (*Gen. XVII. 16-18. Delrui Comment. in Gen.*). Abraham es colmado, en efecto, de bendiciones temporales y espirituales por su obediencia,

(1) *Faciunt te in gentem magnam, et benedicam tibi, et magnificabo nomen tuum, erisque benedictus. Benedicam benedictibus tibi, et maledicam maledictibus tibi; atque in te benedictur universæ cognationes terræ. Gen. XII. 2-3.*

y contribuye á la gran bendición del universo que habia de resultar de la encarnación del Verbo.

Después de haber trasmitido Moisés las tablas de la ley á los israelitas, les dijo: pongo hoy ante vosotros la venedición y la maldición: la bendición, si obedecéis los mandamientos del Señor vuestro Dios; y la maldición, si desobedecéis. (*Deuter. XI. 26-28*). La voz interior de Dios nos dirige á cada uno de nosotros la misma promesa y la misma amenaza.

Cuatro religiosos fueron á avistarse con S. Pambon, para suplicarle que les admitiese en su compañía y les dirigiese. El venerable abad no quiso admitir más que á uno, después de haberse informado de que modo comprendían la perfección monástica. El primero ayunaba siempre, el segundo practicaba la pobreza, el tercero la caridad, y el cuarto la obediencia. El Santo prefirió al último. Los otros tres, dijo, tienen por su propia voluntad la virtud que poseen, en tanto que éste, despojándose de la suya, se constituye siervo de una voluntad extrana, y puede llegar así á todas las virtudes.

La conducta y las palabras de aquel Santo manifiestan cuán ventajosa y digna de desearse es la obediencia....

Jesucristo dijo á Simon: Avanzad en alta mar, y arrojad vuestras redes para pescar. Simon le contestó: Maestro, hemos trabajado toda la noche sin coger nada; pero, obediente á vuestra palabra, echaré las redes. Y habiéndolas echado, cogieron tanta cantidad de peces, que sus redes se rompían (1). Tales son los frutos de la obediencia.

¡Cuántos hombres, obedeciendo á los Apóstoles que predicaban en nombre de Jesucristo, han salido del abismo y llegado al Cielo!

Cuando S. Francisco Javier partió para las Indias, sus amigos trataban de disuadirle, pintándole los peligros á que habia de verse expuesto por el extraordinario calor, la dificultad de atender á sus necesidades, y la barbarie de los habitantes de aquellas regiones salvajes; pero el gran misionero les contestó: Peligros mucho más temibles correria si no obedeciese á Dios, que me llama. Partió pues; y solamente en la población de Tolo convirtió á veinte y cinco mil indígenas que llegaron á ser fervientes cristianos. Tal es el fruto de la obediencia. (*In ejus vita*).

La obediencia nos alcanza la verdadera felicidad. El profeta Samuel cifraba su alegría y su dicha en obedecer á Heli. Y por esta obediencia, dice S. Efen, mereció oír la voz de Dios. (*Serm. III*).

Dichosos los que practican la obediencia, sufren el freno, cumplen

La sexta ventaja de la obediencia es ser la primera de las virtudes de la vida cristiana.

La séptima ventaja de la obediencia consiste en ser un principio de prosperidad temporal, y sobre todo espiritual.

La octava ventaja de la obediencia es que hace alcanzar la verdadera felicidad.

(1) *Dixit ad Simonem: Duc in altum, et laxate vela vestro in captivam. Et respondens Simon, dixit illi: Precceptor, per totam noctem laborantes, nihil cepimus; in verbo autem tuo laxabo rete. Et, cum hoc fecissent, concluserunt piscium multitudinem copiosam, rumpebatur autem rete eorum. Luc. V. 1-6.*

todo lo que Dios quiere, y toman por riendas sus preceptos, dice Origenes: ellos no andan segun su propia voluntad, sino que en todo son llevados y conducidos por la voluntad de Dios; lo que es un maaantal de la mayor felicidad. (*Homil. I. in Cant.*).

La novena ventaja de la obediencia consiste en que es una señal de predestinacion.

La obediencia es la señal más cierta de predestinacion. Obedecer á Dios es el sello único y evidente de la salvacion. Desobedecer á Dios, es, por el contrario, la señal y la causa del abandono de Dios y de la condenacion; pues quien desobedece á Dios, lo hace para seguir sus propias inclinaciones, sus voluntades, sus pasiones, sus codicias perversas y corrompidas. Jesucristo dijo á los judios: Mis ovejas oyen mi voz; las conozco, y ellas me siguen; les doy la vida eterna, no perecerán jamás, y nadie las arrebatará de mi mano (1).

Huyendo Jonás de Dios, le descontentó, perdió su patria, el uso del templo, y casi la vida, experimentó peligros en el mar, y no tuvo por altar sagrado más que una tierra profana. Así tambien los desobedientes se precipitan en medio de los más terribles peligros, pierden á Jesucristo, que es su verdadero piloto, y naufragan; en tanto que los que obedecen á Jesucristo y se dejan dirigir por El, vagan impunemente en el mar del mundo, lo cruzan sin naufragio, y llegan con fortuna al puerto de la salvacion.

¿Cómo no ha de estar sumisa mi alma al Señor, dice el Salmista, si de El sólo viene mi salvacion? *Nonne Deo subjecta erit anima mea? Ab ipso enim salutare meum.* (LXI. 1).

La decima ventaja de la obediencia es que tiene el mérito y la gloria del martiro.

Escribiendo S. Jerónimo á Enstacio con motivo de la muerte de Santa Paula, le dijo: Vuestra madre ha recibido la corona de un largo martirio; pues no sólo la efusion de la sangre se repita como confesion de la fe, sino que tambien la servidumbre sin mancha de un alma piadosa es un martirio de cada dia (2).

La undécima ventaja de la obediencia es que proporciona una buena muerte.

El hombre obediente muere en la paz del Señor. Hallándose á punto de espirar, el abate Juan estaba lleno de alegría. Muero contento, decía, porque jamás he hecho mi voluntad. (*Vit. Patr.*).

Con la obediencia se cumple efectivamente lo que dijo el Real Prefeta: Alejaos del mal, y obrad bien: *Declina á malo, et fac bonum.* (XXXVI. 27).

En la obediencia está el secreto de poder oír sin temor nuestra última hora.

La duodécima ventaja de la obediencia consiste en que cierra el infierno y abre el Cielo.

Cese la propia voluntad, dice S. Bernardo, y no habrá ya infierno: *Cesset voluntas propria, et infernus non erit.* (Serm. III. de Resurrect.). Y la obediencia es la única que renuncia á su voluntad, la

(1) *Ovis meæ vocem meam audit, et ego cognosco eum, et sequitur me; et ego vitam æternam do eis, et non peribit in æternum, et non rapit eas quisquam de manu mea.* X. 27-28.

(2) *Mater tua longo martyrio coronata est. Non solum enim effusio sanguinis in confessione reputatur; sed devotio quoque mentis servitio immaculata quodiduanum martyrium est.* Epist.

única que no está expuesta á la condenacion. El obediente puede estar, al contrario, seguro de llegar al Cielo, segun aquellas palabras de Jesucristo: *Amino, servidoro bueno y fiel; por haber sido fiel en pocas cosas, entra á gozar de la alegría de tu Señor: Euge, cerre bene et fidelis, quia super pauca fuisi fidelis, intra in gaudium Domini tui.* (Matth. XXV. 21).

¿Cómo hemos de obedecer? S. Pablo lo dice: Hacedlo todo sin murmurar ni titubear, para que seais irreprensibles y puros, hijos de Dios, sin reprension: *Omnia facite sine murmuracionibus et hesitationibus; ut sitis sine querela et simplices, filii Dei, sine reprehensione.* (Philipp. II. 14-15).

(Cómo hemos de obedecer)

Ved á Saulo abatido en el camino de Damasco. Al caer al suelo, oye una voz que le dice: Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?— ¿Quién sois, Señor? contesta. Soy Jesús, á quien persigues. (*Act. IX. 3-5*). Al punto exclamó Saulo: ¿Qué quereis que haga, Señor? *Domine, quid me vis facere?* (*Act. IX. 6*). E inmediatamente ejecutó las órdenes que se le dieron. Así se obedeca. El que antes perseguía á los fieles y se ensañaba contra ellos, se dispone ya á obedecer, dice S. Agustín. De perseguidor se ha convertido ya en Apóstol, de lobo en cordero, y de enemigo en soldado de Jesucristo: *Jam parat se ad obediendum, qui prius saeviebat ad persequendum. Jam formatur ex persecutore prædicator, ex lupus ovís, ex hoste miles.* (Serm. CCLXXIX. de Paulo Apóst.).

El hombre obediente de veras, dice S. Bernardo, tiene sus oídos dispuestos á escuchar, su lengua dispuesta á responder, sus manos dispuestas al trabajo, y sus piés dispuestos á partir; se recoge enteramente en sí mismo para obedecer al punto las órdenes que se le comuniquen (1).

El verdadero obediente, dice S. Gregorio, no discute la intencion del que le da órdenes, ni discierne entre las diversas cosas que se le prescriben, porque el que ha sometido la discrecion de toda su vida á un superior, no conoce más alegría que la de hacer exactamente lo que se le manda, y sólo la obediencia le parece un bien (2).

Ved lo que sucedió á Eva por resistirse á obedecer y por discutir. Dios afirma que si Adán y ella prueban el fruto prohibido morirán: *Moriemini*. Pero Eva duda; la serpiente la tienta, y Eva le responde: No debemos, porque podríamos morir: *Ne forte moriamur*. La serpiente lo niega: *Nequaquam moriemini*. Y por haber titubeado en seguir las órdenes del Señor, pierde la inocencia, arastrando á sus hijos en su ruina. (*Gen. III*).

¿Cómo hemos de obedecer? Como Abraham. Sál, Je dijo el Señor, sál de la tierra que te ha visto nacer; abandona á tus parientes y la

(1) *Verus obediens parat aures auditus, linguam vocis, manus operi, pedes itineri; et sic se totum intra se colligit, ut mandatum paratim imparetur. Tract. de Precepto et Dispensat.*

(2) *Verus obediens, non preceptorum intencionem discutit, nec precepta discutit; quia quæ omnis vite sue judicium major subdidit, in hoc solo gaudet, si quod sibi precipitur, operatur; quia hoc tantum bonum putat, si preceptis obedit. In Samuel.*

casa de tu padre, y vén á la tierra que te mostraré. Y Abraham se fué como el Señor se lo había mandado: *Egrederere de terra tua, de cognatione, tua, et de domo patris tui; et veni in terram quam monstrabo tibi. Egressus est itaque Abraham, sicut preceperat ei Dominus.* (Gen. XII. 1-4).

Estudiad en la doctrina de Abraham las condiciones y las cualidades de una obediencia perfecta.

La primera cualidad es obedecer pronto y voluntariamente....

La segunda consiste en obedecer con sencillez; y esto sucede cuando sometemos nuestro juicio al de nuestros superiores. Así que Pedro y Andrés fueron llamados por Jesucristo, todo lo abandonaron para seguirle, dice el Evangelista: *Relictis omnibus, secuti sunt eum.* (Luc. V. 11).

Estad ciertos que todo lo que manda un superior es saludable, dice S. Jerónimo; no discutais. (*Epist. ad Rust.*). El que sabe obedecer, no sabe juzgar, dice S. Gregorio. (*In Samuel*).

La tercera cualidad necesaria para que la obediencia sea perfecta es obedecer con alegría. Los Apóstoles se han conducido así en medio de las pruebas más terribles....

La cuarta es obedecer con humildad....

La quinta es obedecer con valor y constancia. Confiad constantemente en Dios, dice S. Agustín; encomendádselo todo en lo posible, que no dejará de elevaros hasta sí, y no permitirá que os suceda nada que no os sea ventajoso, aun sin saberlo vosotros (1).

La sexta cualidad es obedecer indiferentemente. Poco le importaba á Abraham saber el lugar á donde Dios le llamaba; dejaba completamente su porvenir en manos de Dios. No podemos, dice S. Agustín, ofrecer á Dios nada más agradable que las siguientes palabras de Isaías: Poseednos: *Nihil gratius Deo possumus offerre, quam ut dicamus ei cum Isaia: Posside nos....* (In Psal. CXXXI).

La séptima cualidad es obedecer con perseverancia....

El que obedece fielmente no sabe emplear dilaciones, dice S. Bernardo; huye del día siguiente; ignora lo que es tardanza, y se anticipa al que manda: *Fidelis obediens nescit moras, fugit crastinum, ignorat tarditatem, præcipit præcipientem.* (Serm. de Virtut. obedient.). El que es obediente de veras, dice en otra parte aquel padre, renuncia á su propio deseo ó á su resistencia, para poder decir: Mi corazón está pronto, ó Dios mio, pronto á hacer lo que me mandéis, pronto á obedecer al momento, á la menor indicación, pronto á no ocuparse más que de Vos, á servir al prójimo, á guardarme á mí mismo, y á descansar en la contemplación de las cosas del Cielo (2).

Samuel es un verdadero modelo de obediencia. (*I. Reg. III*).

(1) Constantiter Deo crede, eique totum committe, quantum potes: Ita enim ipse te ad se sublevar non desistit, nullumque tibi eventum permittit, nisi quod tibi proposit, etiam si nescias. *Lib. I. Solitog. c. XV.*

(2) Bonus obediens dat suum velle et suum nolle, ut possit dicere: Paratum cor meum, Deus; paratum, quodcumque præceperis, facere: gratum ad naturam eius obedire; paratum tibi vacare; proximis ministrare, me ipsum custodire, et in celestium contemplatione requiescere. *In Serm. de Epiph.*

Después de haber recibido Tobías las últimas instrucciones de su padre, respondió: Haré todo lo que me habeis mandado, padre mio: *Omnia quæcumque præcepisti mihi, faciam, pater.* (V. 1).

El espíritu del justo medita la obediencia, dicen los Proverbios: *Mens justæ meditatür obedientiam.* (XV. 28). Reflexiona sobre los motivos que le obligan á obedecer, se esfuerza en aminorar el rigor de las órdenes que presume se le han dado, para que en el mismo momento en que su superior le llame y le mande algo penoso, diga con Samuel: Aquí estoy: *Ecce ego* (I. Reg. III.); y con san Pablo: ¿Qué quereis, Señor, que haga? *Domine, quid me vis facere?* (Act. IX. 6). Medita sobre todo la obediencia de Jesucristo. En este sentido escrito está: Mirad, y obrad segun el ejemplar que se os ha presentado en el Calvario: *Inspice, et fac secundum exemplar quod tibi in monte monstratum est.* (Exod. XXV. 40).

El justo medita sobre los diferentes grados de la obediencia, para alcanzarlos poco á poco. El primer grado, y el ménos perfecto, es hacer lo que se nos manda.... El segundo es amar el trabajo prescrito y hacerlo de buena voluntad, pronto y con ánimo.... El tercero es juzgar que lo que se nos manda, es mejor que lo que nosotros quisiéramos; de tal manera, que no sólo sometamos nuestra voluntad á los superiores, sino tambien nuestro juicio, en la inteligencia de que, lo que el superior manda es preferible á lo que el espíritu particular ú otra persona sugieren....

El justo se propone, como dice el Apóstol, obedecer con alegría, y no con tristeza ó por necesidad: *Cum gaudeo, et non gementes; hoc enim non expedit.* (Hebr. XIII. 17).

A la obediencia debemos unir la caridad, que es hermana suya; la una perfecciona la otra. Los perfectos obedecen amando, y aman obedeciendo.... S. Leon dice que el amor de la obediencia suaviza la orden de obedecer, y que no se obedece por una dura necesidad cuando se ama lo que está prescrito. (*Serm. IV. de Jejun.*).

Comentando aquellas palabras del Salmista (CXVIII.): *Levavi manus meas ad mandata tua, quæ dilexi:* He levantado, Señor, mis manos hacia tus preceptos, y los he amado; S. Ambrosio dice: David amaba los mandamientos del Señor para cumplirlos de buena gana. Porque el que ama, hace voluntariamente lo que se le manda, y por el contrario, el que teme, no obedece más que por necesidad: *Legem diligebant, ut legem libenter impleter. Quæ enim diligit, ex voluntate facit quæ sibi sunt imperata; qui timet, ex necessitate.* (Serm. XIII).

Hay tres obediencias, dice S. Buenaventura: La obediencia por necesidad, la obediencia por codicia, y la obediencia por caridad. Sólo la obediencia por caridad es grande. (*Process. VI. Religios., c. XL*).

Sólo la caridad puede hacer que la obediencia sea agradable y aceptable á Dios, dice S. Bernardo: *Sola est caritas quæ obedientiam gratam facit et acceptabilem Deo.* (Serm. in fest. omn. Sanct.).

OCASIONES PRÓXIMAS DE PECAR.

Las ocasiones próximas de pecar son múltiples y peligrosas.

Las ocasiones próximas de pecar son numerosas; el peligro es grande; las desgracias que arrastran, incalculables. Los asesinos de las almas son muchos, y crueles....

Las armas y las espadas están en el camino del perverso, dicen los Proverbios: *Arma et gladii in via percursi.* (XXII. 5).

Nadie que esté á la puerta de las ocasiones próximas de pecar, está en seguridad, dice S. Cipriano: es engañosa la confianza que lleva á exponernos á los peligros de perder la vida; es siempre peligrosa la esperanza que hace creer que podemos salvarnos en medio del foco del mal. La victoria es incierta cuando queremos combatir en medio de los ejércitos enemigos; y estando en medio de las llamas de un vasto incendio, no quemarnos y salir fácilmente, es cosa imposible. Sería preciso un milagro, á que Dios no está obligado, y que no merecemos; pues, por el contrario, hemos hecho todo lo que estaba de nuestra parte para alejar á Dios y perecer. Por esto perecen algunos de una manera miserable y escandalosa. (*Lib. I. Epist. II.*)

El que ama el peligro, en él perecerá: *Qui amat periculum, in illo peribit.* (Eccli. III. 27).

Mientras el enemigo es pequeño y débil, matadle.... Así que la yerba crece, es preciso apesurarse á arrancarla de en medio del buen grano, dice S. Jerónimo: *Dum parvus est hostis, interfice; nequitta incresecunt zizania, elidantur in semine.* (Epist.).

El demonio oculta el peligro bajo la apariencia de una amistad honrosa.... El que ama lo que le expone al mal, ama, el peligro que va unido á lo que busca....

La guerra que tenemos que sostener contra nuestra voluntad, dice S. Basilio, es una guerra indispensable, en la que con el auxilio de Dios quedamos victoriosos; pero es suma demencia crearlos voluntariamente una guerra encarnizada: *Bellum, quod prater voluntatem incidit nobis, excipere fortasse necessarium sit; ipsum vero voluntarie sibi creare, summe dementiæ est.* (De Constit. monast., c. IV).

Es cierto, dice S. Cipriano, que el que se expone á ocasiones próximas de pecar, seduce su alma con ceguedad imperdonable. Sólo el que vela, huye, teme y desconfía de sí mismo, no perece. (*De Singul. Cleric.*).

Buscar la ocasion del pecado, dice S. Bernardo, es señal del pecado cometido ya, y causa de cometerse nuevamente: *Ocasio peccati, indicium commissæ culpæ, causa committendæ.* (Serm. in Psal.).

Los ojos, dice Séneca, son los excitadores de los vicios y los jefes de los crímenes: *Oculi irritamenta sunt vitiorum, ducesque scelerum.* (In Prov.).

Estése la mujer encerrada en su casa, dice S. Martín: su primera virtud y su gloriosa victoria consiste en no ser vista: *Mulier intra murorum munimenta se continet; cujus hæc prima virtus, et consummatio victoriæ est, non videt.* (In ejus vita).

Hijo mio, dicen los Proverbios, si los pecadores tratan de seducirte, huye de sus caricias: *Fili mi, si te lactaverint peccatores, ne accutescas eis.* (I. 10).

El que quiere guardar su alma, huye de las ocasiones próximas de pecar, dice la Escritura: *Custos animæ suæ longe recedit ab eis.* (Prov. XXII. 5).

El que no prevé el peligro, dice S. Agustín, y no huye de lo que debe prever y huir, lejos de esperar en Dios, le tienta: *Qui non præcavet periculum quod præcavere potest, potius tentat Deum quam speret in eo.* (Lib. XVI, de Civit., c. XIX).

No me he sentado en la asamblea de la vanidad, dice el Salmista, y no entraré en el consejo donde están sentados los malos: *Non sedi cum consilio vanitatis, et cum iniqua gerentibus non introibo.* (XXV. 4). Aborrezco la asamblea de los perversos, y no me he colocado entre los impios: *Odium ecclesiam malignantium, et cum impiis non sedeo.* (Psal. XXV. 3). El corazón perverso no ha encontrado acceso cerca de mí, y no conozco al malo: *Non adhesit mihi cor pravum, declinantem à me malignum non cognoscebam.* (Psal. c. 3-4).

Todas las almas virtuosas y santas han imitado siempre al Real Profeta. Han temido su propia debilidad, y han buscado su salvacion en la fuga. A tal precio se compran la virtud y la buena conducta.... ¡cuántos imprudentes se exponen á ocasiones mortales de pecar!... Pero casi todos perecen....

(Véase Falsa confianza y Mala compañía).

Hemos de huir de las ocasiones próximas de pecar.

ODIO.

El odio es un crimen.

Quono el que aborrezca á su hermano, es homicida, dice el apóstol S. Juan: *Omnis qui odit fratrem suum, homicida est.* (I. III. 15). Es homicida, no por el acto, sino por la afección y la voluntad; es homicida por la disposición, pues el odio predispone al homicidio.... Es homicida de su prójimo en su corazón.... Es homicida de sí mismo, matándose con la gravedad del crimen del odio.

Hay tres clases de homicidas, el homicida por la sangre, el homicida por la maledicencia y la calumnia, y el homicida por el odio....

El que alimenta el odio en su corazón, es un demonio, un anticristo, es decir, un adversario del Dios de caridad y de amor.

El odio es una espada de dos filos.... Queremos matar, y nos matamos.... Es una gran locura.... Es la historia del cruel Aman...

Es imposible amar á Dios aborreciendo al prójimo, dice el apóstol S. Juan: *Si quis dixerit quoniam diligo Deum, et fratrem suum oderit, mendax est.* (I. IV. 20).

Y el que no ama á Dios, vive en la muerte, dice el apóstol S. Juan: *Qui non diligit, manet in morte.* (I. III. 14).

El odio es un pecado grave muy opuesto al Espíritu Santo, que es el Dios de amor; y por consiguiente el Espíritu Santo no puede menos de destestar á aquel cuyo corazón es rencoroso y vengativo....

El odio prueba la sequedad, la debilidad del corazón y la crueldad del hombre.

Vengarse no es un acto de fuerza, sino de debilidad y de abyección, dice S. Ambrosio: el que aborrezca y se venga, no es victorioso, es vencido por su enemigo: *Vindicare, non est actus fortitudinis, sed abjectionis; vincitur ab inimico, non vincit, qui se vindicat.* (Serm.). Oigamos también á Aristóteles: Así como un estómago débil y enfermizo no puede digerir los alimentos, es indicio de una debilidad y pusilanimidad muy grande el no poder sufrir una palabra algo dura (1).

No os dejéis vencer por el mal, dice S. Pablo; triunfad más bien del mal por el bien: *Noli vinci á malo, sed vince in bono malum.* (Rom. XII. 21).

El que sólo aparentemente es bueno, dice S. Agustín, y es malo en su corazón, no triunfa del mal por el bien; perdona con sus obras, pero aborrece en su corazón; su mano es suave, pero su voluntad es cruel (2). Tal es el hombre rencoroso.

(1) Sicut debilis stomachi est cibum duriores non posse concoquere, ita pusillanimi est verbum durius non posse sustinere. *Tom. Lucretius.*

(2) Non vincit in bono malum, qui in superficie bonus est, et in alio malo; opere parcens, corde savens; manu mitis, voluntate crudus. *In Sancto. CCLVII.*

Un corazón lleno de odio es vil, dos veces vil: 1.º porque encierra el odio, que es cosa baja y abominable...; 2.º porque no quiere hallar allí sitio para dar cabida al perdón.... ¡Oh corazón estéril y mezquino!....

El hombre dominado por el odio se imagina que castiga á su enemigo, y se castiga á sí mismo. El que os ultraja, dice Tertuliano, obra así para mortificaros; pues el fruto que busca el que hiere, su deseo y su felicidad estriban en el deseo de aquel á quien ataca. Vosotros destrairéis pues su esperanza, no enfadándoos, despreciando su odio; y le obligaréis á arrepentirse de sí mismo, destruyendo su esperanza. El mal que quería haceros, recaerá sobre él mismo; y entonces no sólo escaparéis de las heridas, sino que seréis también felices de haber engañado á vuestro adversario, y de haberos sustraído al dolor que quería causaros (1).

Pero, si os dejáis dominar por el odio, trabajaréis en pro de las intenciones de vuestro enemigo, que conseguirá su fin, y padeceréis, dando cabida á un buitre en vuestras entrañas. Seréis verdugos de vosotros mismos, complaciendo á un enemigo....

Ningun vicio ciega y oscurece tanto la razón como el odio y la ira....

El odio hace desgraciados á los que de este vicio se alimentan; porque, 1.º, es por sí mismo un veneno, un mal que roe...; 2.º porque place al adversario...; 3.º porque hace pensar siempre en aquel en quien no se quisiera pensar jamás...; 4.º porque se buscan los medios de manifestar el odio... 5.º porque se ve y se encuentra la persona aborrecida...; 6.º porque no da descanso ni sueño tranquilo...; y 7.º porque atrae el odio de Dios y el de los hombres...; la maldición de los hombres y de Dios....

Cain dejó penetrar en su corazón el odio contra su hermano Abel; y le mató: *Tratus est Cain vehementer; consurrexit adversus fratrem suum Abel; et interfecit eum.* (Genes. IV. 5-8).

¡A qué excesos no se vieron arrastrados por el odio los hermanos del inocente José! Primero quisieron matarle; luego le echaron en una cisterna, y acabaron por venderle como un esclavo, llenando así de pesares y de dolor la venerable vejez de su padre el patriarca Jacob.

El odio excita disputas, pleitos, ocasiona contiendas, efusión de sangre é injusticias....

El que odia, es enemigo de su alma, y se ultraja á sí mismo....

El odio, veneno mortal de la vida humana, ejerce su funesta ac-

El odio es una coquedad.

El odio nos hace desgraciados.

Estragos del odio.

(1) Idecirco quis te lesit ut dolens; qui fructus indantis in dolore lesi est. Fruis, cum fructum eius aversaris; non dolens, ipse dolens necesse est, amissione fructus sui. Fruis tu non modo illius alicui, sed insuper et adversari tui frustratione delectatus, et dolore defensus. *Lib. de Patient. c. VIII.*

cion primero en los corazones que lo conciben, puesto que en ellos apaga la caridad y la gracia.

Ved ahí que el malvado concibió el mal, dice el Salmista, estuvo de parto la iniquidad, y parió el germen: *Ecce parturivi iniquitatem, concepit dolorem, et peperit iniquitatem.* (VII. 13). Abrió un precipicio; lo cavó, y cayó en el abismo que había preparado: *Lacum aperuit, et effudit eum; et incidit in foveam quam fecit.* (Ibid. VII. 16). Sobre él bajará su injusticia, y su iniquidad pesará sobre su cabeza: *Convertetur dolor ejus in caput ejus; et in verticem ipsius iniquitatis ejus descendet.* (Ibid. VII. 17).

¿No es el odio el que lleva á los demonios á hacernos una guerra cruel y continua?...

¿No es el odio el que dasune á las familias y las arruina muchas veces?

¿No es el odio el que promueve las revoluciones y rompe los lazos de la paz y de la sociedad?...

El odio engendra todos los desórdenes y todos los crímenes....

¿No es el odio contra Jesucristo el que hizo que el pueblo judío fuera deicida, crucificando al Salvador del mundo?

De odio eterno se alimentarán los demonios y los réprobos en el infierno.... Su mayor desgracia será no poder amar á nadie.

Hemos de alegrarnos de ser despreciados y aborrecidos.

No os admireis, hermanos míos, si el mundo os aborrece, dice el apóstol S. Juan: *Nolite mirari, fratres, si odit vos mundus.* (I. III. 13).

Sereis aborrecidos de todos á causa de mi nombre, dijo Jesucristo á sus Apóstoles: *Eritis odio omnibus propter nomen meum.* (Matth. X. 22). Si el mundo os odia, sabed que antes me ha aborrecido á mí: *Si mundus vos odit, scitote quia me priorem vobis odio habuit.* (Joann. XV. 18). Si hubieseis sido del mundo, el mundo amaría lo que es suyo; pero, porque no sois del mundo y os he elegido de en medio del mundo, por esta razón el mundo os aborrece. (Id. XV. 19). Dichosos sereis cuando los hombres os maldigan y os persigan, y os digan sin razón toda clase de improperios por causa mía. Alegraos y regocijaos entonces, pues grande será vuestra recompensa en los cielos (1).

(1) Beati estis cum male fuerint vobis, et persecuti vos fuerint, et dixerint: omne malum adversum vos, inveniatis propter me. Gaudeat, et exultate, quoniam merces vestra copiosa est in caelis. Matth. V. 11-12.

OLVIDO DE DIOS.

N

MUCHAS personas hay en el mundo á quienes podemos dirigir la pesada y vergonzosa reprensión que S. Juan Bautista dirigió á los ciegos judíos: Uno hay en medio de vosotros que no conocéis: *Medius vestrum stetit, quem vos nescitis.* (Joann. I. 26).

Frecuente es olvidarse de Dios.

La luz, dice S. Juan hablando de Jesucristo, brilla en las tinieblas; y las tinieblas (es decir, el mundo) no le han comprendido: *Lux in tenebris lucet, et tenebrae eam non comprehenderunt.* (I. 5). Estaba en el mundo, y él hizo el mundo; y el mundo no le conoció: *In mundo erat, et mundus per ipsum factus est; et mundus eum non cognovit.* (Id. I. 10).

Jesucristo se quejaba á su Padre de que el mundo se hubiese olvidado de Dios. Justo Padre, dijo, el mundo no os ha conocido: *Pater juste, mundus non te cognovit.* (Joann. XVII. 23).

Al presentarse S. Pablo en medio del Areópago de Atenas, exclamó: En todo os veo religiosos hasta el exceso, Atenienses; porque, pasando y viendo vuestros simulacros, he encontrado un altar dedicado al Dios desconocido: *Ignoto Deo.* (Act. XVII. 22-27).

¿Cuántas personas hay hoy en el mundo para quienes Dios es desconocido! ¿Qué muchedumbre se reuniría ante semejante altar si todos los que se han olvidado de Dios acudiesen!....

¡Oh! ¡qué bien ha caracterizado el mundo el Real Profeta, llamándolo ¡tierra de olvido! ¡tierra oblicionis! Serán, dice, serán vuestras maravillas conocidas en las tinieblas, Señor, y vuestra justicia en la tierra del olvido? *Numquid cognoscentur in tenebris mirabilia tua, et justitia tua in terra oblicionis?* (LXXXVII. 13).

Nadie se acuerda de Dios en el mundo, ni los padres, ni los hijos, ni la adolescencia, ni la juventud, ni la edad viril, ni la vejez, ni los hombres, ni las mujeres, ni los pobres, ni los ricos.... En todas partes domina el olvido de Dios, en el negocio, en el foro, en el ejército, en la familia, en la administración de los Estados, en la sociedad. En todas partes podríamos levantar el altar de Atenas con la inscripción: *Al Dios desconocido....*

E

l Real Profeta descubre también las causas que hacen que el mundo se olvide de Dios. El mundo, dice, no ha querido comprender por miedo de obrar bien: *Noluit intelligere ut bene ageret.* (XXXV. 4). No han guardado la alianza del Señor, dice en otra parte; y no han querido andar dentro de su ley: *Non custodierunt testamentum Dei, et in lege ejus noluerunt ambulare.* (LXXVII. 10).

El olvido de Dios es voluntario.

No todos, escribe S. Pablo á los romanos, no todos obedecen el Evangelio; pues Isaías dijo: *¿Quién ha creído, Señor, lo que ha oído*

de nosotros? *Non omnes obediunt Evangelio; Isaias enim dicit: Domine, ¿quís credidit auditui nostro?* (Rom. X. 16).

¿Podrá excusarse tal olvido de Dios, diciendo que no hemos sido instruidos? Pero nosotros podemos responder con el grande Apóstol, empleando las palabras del Salmista: La voz de las obras de Dios ha resonado por toda la tierra y hasta los extremos del mundo: *In omnem terram exiit sonus eorum, et in fines orbis terræ verba eorum.* (Rom. X. 18.—Psal. XVIII. 5).

Causas del olvido de Dios.

La primera causa del olvido de Dios, es la perversa voluntad del hombre, como ya lo hemos dicho....

La segunda causa es la ignorancia. Dios no es bastante conocido, ni se conocen su bondad, su amor, ni todos sus divinos atributos....

La tercera causa es la corrupcion del corazon y el amor al mundo....

La cuarta causa es la influencia que ejercen el escándalo del mundo, sus errores, sus falsas máximas y su moral complaciente y criminal....

La quinta causa es la pérdida de la fé....

El olvido de Dios es un crimen.

Es un crimen enorme olvidar á aquel que no puede ser ignorado, dice Tertuliano: *Hæc est summa delicti, nolentium recognoscere quem ignorare non possunt.* (De Resurrect.).

Todo nos habla de Dios en el universo, en la tierra y en el Cielo.... Todo reuerda á Dios, el sol, la luna y los astros, que forman su acompañamiento; los elementos, los relámpagos y el rayo; la tierra y sus productos, los animales, las montañas y los valles, con el océano, su extension y sus abismos.... ¡Dios está visible en todas partes por sus admirables obras y su providencia; y el único sér creado á su imagen y rescatado con su sangre, el único sér capaz de conocerle, amarle y servirle, no le ve, al Dios desconocido! *Ignoto Deo!*

Y el hombre que se olvida del verdadero Dios, piensa sin cesar en dioses extraños, en la avaricia, la ambicion, la impureza, el orgullo, etc. ¡Qué crimen!....

El olvido de Dios es sobre todo una gran ingratitude.

Han olvidado los beneficios de Dios, dice el Salmista, y las maravillas que ha manifestado: *Obliui sunt benefactorum ejus, et mirabulum ejus, quæ ostendit eis.* (LXXVII. 11). Se olvidaron pronto de sus prodigios, y no se sujetaron á sus consejos: *Cito obliui sunt operum ejus, et non sustinuerunt consilium ejus.* (CV. 43). Se olvidaron del Dios que los ha salvado, del Dios que ha hecho cosas grandes, admirables y terribles: *Obliui sunt Deum qui salvavit eos, qui fecit magna, mirabilia, terribilia.* (CV. 21-22).

Han abandonado al Dios que te ha engendrado; te has olvidado del Dios que es tu Criador, dice la Escritura: *Deum, qui te genuit,*

dereliquisti, et oblitus es Domini creatoris tui. (Deuter. XXXII. 18).

Y dirigiéndose á los cristianos infieles: Habeis roto mi yugo, dice el Señor por boca de Jeremias; habeis roto mis lazos de amor, diciendo: No obedeceré: *Confregisti jugum meum, dirupisti vincula mea, et dixisti: Non serviam.* (II. 20). Os he plantado como una viña elegida. ¿Por qué os habeis convertido en una viña extraña para mí que sólo ha dado frutos amargos? *Ego plantavi te vineam electam: ¿quomodo ergo conversa es mihi in pravam, vinea aliena?* (Id. II. 21).

No hay crimen que indique mayor ingratitud que el olvido de Dios.... Olvidando á Dios, renovamos el acio infame de los judíos que prefirieron Barrabás á Jesucristo....

Dios no está ante la vista del pecador, dice el Salmista; y sus sendas están manchadas en todo tiempo: *Non est Deus in conspectu ejus: inquinate sunt viæ illius omni tempore.* (X. 5). El olvido de Dios engendra la negligencia; de la negligencia y de la pereza espiritual y física nace la concupiscencia, y de la concupiscencia todos los desórdenes y todas las iniquidades.... Quienquiera que se olvide de Dios, se abandona á todas las pasiones.... Al hablar de los dos indignos ancianos que atentaron contra la castidad de Susana, la Escritura dice: Acudieron en deseos corrompidos, turbóse su razon, y apartaron la vista para no ver el Cielo y no acordarse de los justos juicios: *Ecarserunt in concupiscentiam; et ecerterunt sensum suum, et declinaverunt oculos suos, ut non viderent Cælum, neque recordarentur judiciorum justorum.* (Dan. XIII. 8-9).

El que se olvida de Dios, se aparta de su ley, dice el Salmista: *A lege tua longe facti sunt.* (CXVIII. 130). La salvacion está lejos de los pecadores, porque no han buscado vuestros mandatos: *Longe á peccatoribus salus, quia justificationes tuas non exquisterunt.* (Psal. CXVIII. 155).

Habeis olvidado y abandonado al Señor, vuestro Dios, para beber aguas cenagosas, las aguas del rio de Babilonia, dice Jeremias: *Dereliquisti Dominum, Deum tuum, ut bibas aquam turbidam, ut bibas aquam fluminis (Babylonis).* (II. 17-18).

El demonio, el mundo, la concupiscencia, las pasiones, los vicios y todos los excesos no se olvidan del que se olvida de Dios.... Va de error en error, de abismo en abismo, hasta que se detiene para siempre en los profundos abismos del infierno....

El que se olvida de Dios, se olvida tambien del prójimo y de sí mismo. Llega á ser el océano de todos los desórdenes, el mar donde se acumulan todos los vicios: *Hoc mare magnum: illic reptilia quorum non est numerus.* (Psal. CIII. 25).

El hombre que se olvida de Dios, descuida el trabajo de su salvacion, y la expone. Porque, dice S. Agustin, Dios, que ha prometido el perdon al que se arrepienta, no ha prometido otro día al que

Desórdenes y estragos que ocasiona el olvido de Dios.

Desgracias y castigos que produce el olvido de Dios.

difere su conversión: *Qui penitenti promissit indulgentiam, dissimulanti diem crastinam non spondit.* (Lib. Confess.).

Vosotros que habeis abandonado al Señor, y os olvidasteis de su montaña santa, dice Isaias, seréis contados y entregados al cuchillo; porque os ha llamado, y no me habeis respondido; os hablé, y no me escuchasteis. (LV. 11-12). Por esta razón ved lo que dice el Señor: Tendréis hambre, y tendréis sed, y seréis confundidos; gritaréis en el dolor del corazón, y gimireis aplastados (1).

Me olvidaré de los que se olvidan de mí, dice el Señor por boca del profeta Oseas. (I. 6). El que se olvida de Dios, bien merece que Dios le relegue al olvido....

Colmado de favores y de preferencias, dichoso, rico y honrado, el pueblo judaico pierde, por haberse olvidado de Dios, toda aquella gloria, toda aquella felicidad, todos aquellos privilegios, y hasta su patria....

Señor, dice Jeremias, todos los que os olvidaren, serán confundidos; los nombres de los que se alejan de vos, serán escritos en el polvo, porque han abandonado el manantial de las aguas vivas, que es el Señor: *Domine, omnes qui te derelinquunt, confundentur; recedentes á te, in terra scribentur; quoniam dereliquerunt venam aquarum viventium, Dominum.* (XVII. 13).

La muerte del que se olvida de Dios es parecida á su vida. En castigo de haber pasado sus años sin acordarse de Dios, Dios se olvida de él en la última hora....

Es justo, dice S. Agustín, es justo que el que haya vivido olvidado de Dios, muera olvidándose de sí mismo: *Iuste moriens obliviscitur sui, qui vivens oblitus est Dei.* (Homil.).

Te acusaré, pecador, dice el Señor por boca del Salmista, y te expondré á tu propia vista. Comprended ahora vosotros los que os olvidais de Dios; no sea que yo os arrebate y nadie pueda ya salvaros: *Arguam te, et statuam contra faciem tuam. Intelligite hæc, qui oblitiscimini Deum, ne quando rapiat, et non sit qui eripiat.* (XLIX. 21-22).

Señor, dice el Real Profeta, mi ardiente celo me abrasa, porque mis enemigos se han olvidado de vuestras palabras: *Tabescere me fecit zelus meus; quia oblitii sunt verba tua inimici mei.* (CXVIII. 139).

Comprended, dice Jeremias, y ved cuán funesto y amargo es el haber olvidado y abandonado al Señor, vuestro Dios (2).

Habernos olvidado de Dios, que es el Ser por excelencia, el manantial de todos los bienes y la misma grandeza, para eficionarnos á la nada, ha sido una ceguera y una lamentable desgracia.... ¡Cuántos motivos no tenemos de arrepentirnos y de llorar nuestra criminal conducta!

(1) Propter hoc, hæc dicit Dominus Deus: Esuriatis, et sitiatis, et confundemini; et clamabitis pro dolore cordis, et pro contritione ulnarum. *Id. LXV. 12-14.*

(2) Scito, et vult, quia malum et amarum est relinquere te Dominum, Deum tuum. *Id. 19.*

Es preciso que el hombre se acuerde de haber olvidado á Dios y el vicio olvidado.

OMNIPOTENTE (DIOS).

Dios es El que es. Yo soy el que soy, dijo Él mismo: *Ego sum qui sum.* (Exod. III. 14).

Yo soy el alfa y la omega, el principio y el fin, dice el Señor Dios, que es, que era, y que ha de venir, el Omnipotente: *Ego sum alpha et omega, principium et finis, dicit Dominus Deus, qui est, et qui erat, et qui venturus est, Omnipotens.* (Apoc. I. 8).

Dios, dice S. Agustín, es superior á todo aprecio; no puede hablarse dignamente de Él, y es incomprendible. Si tratás de averiguar cuál es su grandeza, todo lo aventaja; su hermosura es indecible; su dulzura es infinita; su esplendor, su justicia, su fuerza y su bondad son incomparables. (*Sermo. I. de verb. Apost.*). Dios, dice en otra parte aquel gran Doctor, es el sér que ningún espíritu pueda alcanzar, porque no puede tocarse; el sér que ninguna inteligencia puede comprender, porque es infinito; y no puede verse, porque es invisible; y ninguna lengua puede nombrar, porque es infable; y ninguna pluma puede tampoco explicar, porque es inexplicable. (*Lib. X de Confess., c. VI.*)

El universo es el libro de la Divinidad y el cuadro que ella ha pintado. Pero el universo no nos revela más que una sombra de Dios. Sólo Dios se comprende, y para conocerle tal como es, es preciso ser Dios.... Jamás lo infinito podrá ser comprendido por un sér limitado....

Dios, dice S. Gregorio Nazianceno, es el sér de quien nada puede decirse y nada puede apreciarse, aun cuando se diga todo lo posible y se le aprecie sobre todas las cosas: *Deus est quod, cum dicitur, non potest dici; cum estimatur, non potest estimari.* (Orat. XLIX).

El poder de Dios se conoce por sus efectos, su Divinidad por el órden que reina en el universo, y su unidad por la noción misma de la Divinidad. Es el Padre y el principio de todo lo que existe, el fin, la necesidad y la fuerza de toda la facultad; el único Santo, el único que jamás ha nacido, el único Eterno, que no tiene nombre y tiene todos los nombres....

El solo es el Altísimo, el Creador Omnipotente, el Rey fuerte y muy temible sentado en su trono, el Dios dominador, dice el Eclesiástico: *Unus est Altissimus, Creator Omnipotens, et Rex potens, et metuendus nimis, sedens super thronum illius, et dominans Deus.* (I. 8).

Dios, dice S. Anselmo, es la esencia, la vida, la razón, la salvación, la justicia, la sabiduría, la verdad, la bondad, la grandeza, la hermosura, la inmortalidad, la incorruptibilidad, la inmutabilidad, la felicidad, la eternidad, el poder y la unidad supremas. (*In Moral., c. XV.*)

Dios, dice S. Cipriano, es el único que rige el mundo; con una sola palabra hizo cuando existe; todo lo determina con su razón, y lo acaba con su poder. (*Lib. quod idola non sunt dii*).

En Dios, dice S. Dionisio, está el principio ejemplar, final, eficiente, formal, elemental, el lazo y el fin de todas las cosas. (*De Div. nomina., c. II*).

Dios, dice S. Bernardo, es el Rey del universo, el libertador y defensor de los hombres, la alegría y la gloria de los Angeles; en El está el principio y el fin; es el terror y horror de los réprobos; es admirable en las criaturas, amable en los hombres, digno de desearse en los Angeles, incomprendible en sí mismo, é intolerable para el infierno. (*In Sentent.*).

Yo soy, y nada existe fuera de mí, dice el Señor por medio de Isaías: *Ego sum, et non est præter me amplius.* (XLVII. 8). Sólo en mí está la hermosura de todas las cosas; sólo en mí están las riquezas, las delicias, la fortuna, el poder y la gloria....

Así como el océano absorbe todos los ríos sin que se mueva ni aumente de volumen, porque es vasto, inmenso, y los ríos no son más que una gota de agua que se pierde en su seno, la Divinidad es también un océano que absorbe todas las riquezas, todas las perfecciones, ó más bien las contiene todas.

Como es infinita en todo, nada puede añadirsele... Comunica sus tesoros á las criaturas sin empobrecerse y sin salir cambio alguno...

Dios, dice S. Dionisio, es el bien sin fin que da cuatro cosas preciosas: La creación, la conservación, la redención y la gloria. (*De Deo*).

Aristóteles llama á Dios el Eterno y el muy bueno. (*Lib. II, Metaphys.*).

Dios es la vida de todas las cosas, dice Sócrates. (*De Divin.*).

Dios es la vida esparcida por todas partes y dando á todo la vida, dice Platon. (*De Deo*).

Dios todo lo crea, lo conserva y lo rige, dice Theofrasto. (*De Dicin.*).

Pero oigamos lo que dice Isaías: Ved que el Señor aparece vestido de fuerza; su brazo señala su poder, y el precio de su victoria está en sus manos; sus obras le preceden, y le anuncian. ¿Quién ha medido las aguas en el hueco de su mano, y extendiéndola, ha pesado los cielos? ¿Quién ha sostenido con tres dedos la masa de la tierra? ¿Quién ha puesto en equilibrio las colinas? ¿Quién ha aspirado el espíritu del Señor? ¿Quién ha entrado en su consejo? ¿Quién le ha conducido? ¿A quién ha consultado? ¿Quién le ha instruido? ¿Quién le ha enseñado las sendas de la justicia? ¿De quién tiene la ciencia? ¿Quién le ha abierto los caminos de la sabiduría?

Las naciones son delante de El como una gota de agua en un vaso de bronce, como un grano de arena en una balanza, y las islas son como ligero polvo: *Eccc gentes quasi stilla situla, et quasi mo-*

mentum statera reputate sunt: ecce insule quasi pulvis erigunt. (XL. 15).

Todas las naciones son ante sus ojos como si no existiesen; son para El como el vacío y la nada: *Omnes gentes quasi non sint, sic sunt coram eo, et quasi nihilum, et inane reputatæ sunt ei.* (XL. 17).

Señor, dice la Sabiduría, el soberano poder os pertenece á Vos solo para siempre; y ¿quién resistirá la virtud de su brazo? (XI. 22). El universo es ante El como un grano de polvo que hace inclinar la balanza, como la gota de rocío de la mañana que cae en la tierra: *Quoniam tamquam momentum statera, sic est ante te orbis terrarum, et tamquam gutta roris antelucani, que descendit in terram.* (XI. 23). ¡Considera, hombre, qué lugar ocupas en esta gota de rocío, y cuán pequeño eres ante Dios y con relación á Dios!

La gloria de Dios, dice el profeta Habacuc, ha cubierto los cielos.... Su esplendor brilla como el sol: *Operavit caelos gloria ejus.... Splendor ejus ut lux erit.* (III. 3-4). Se ha detenido, y ha medido la tierra; ha mirado, y las naciones se han estremecido. Las montañas del siglo se han abierto; las colinas del mundo se han aplastado bajo los pasos de su eternidad: *Stetit, et mensus est terram. Asperit, et dissolvit gentes; et contriti sunt montes seculi. Incurvati sunt colles mundi ab itineribus æternitatis ejus.* (III. 6). Las montañas os han visto, Señor, y han gemido; las aguas del océano se han agotado; el abismo ha hecho oír su voz; el abismo ha levantado las manos á lo alto. El sol y la luna se han detenido en los cielos; han desaparecido á la luz de vuestras flechas y ante los relámpagos de vuestra lanza. (III. 10-11).

Demos ahora oído á Job. ¿Has penetrado, dice, en el santuario de la Divinidad? ¿Has comprendido la perfección del Omnipotente? Dios es más elevado que los cielos; no podrías alcanzarle: más profundo que el infierno; es impenetrable á tus miradas. (XI. 7-8). ¿Quién ignora que el Señor lo ha hecho todo? Tiene en su mano la vida de todo lo que respira, y el alma de todos los espíritus creados. (XII. 9-10). En El están la fuerza y la sabiduría; El conoce quién engaña y quién es engañado. Quita á los reyes su banda, y con una cuerda ciñe sus riñones. Exalta á los sacerdotes sin gloria, y humilla á los grandes. Descubre lo que estaba oculto en la profundidad de las tinieblas, y saca á luz las sombras de la muerte. Engrandece las naciones, las abate y las enaltece. Cambia el corazón de los príncipes de la tierra, los extravía, y ellos andan por un desierto sin senderos: en medio del día andan tanteando como en medio de la noche, y andan sin tino como hombres ebrios. (XII).

Léanse los bellísimos conceptos sobre el poder, la sabiduría y divinos atributos de Dios que nos presenta la Biblia en los capítulos XII, XXVI, XXXVII y XXXVIII del libro de Job. Pero este cuadro de la grandeza de Dios, de su majestad y de su poder, no nos da más que una débil idea de la Divinidad. Cuanto más nos aplicamos á conocer á Dios, más abismos de perfección descubrimos en El;

pues el que medita, descubre constantemente una nueva inmensidad, y así, hasta el infinito. Dios, como dice el Rey Profeta, se ha rodeado de tinieblas: *Posuit tenebras latibulum suum.* (XVII. 12). Por esto dice S. Gregorio Nazianceno que cuánto más se trata de conocer á Dios, más se sustrae El á las pesquisas; huyendo de tal manera, en el mismo momento en que creemos alcanzarle, que levanta hasta los cielos á los que le buscan con amor. (*In Job*).

Si; cuantas más maravillas conocéis en Dios, más las celebraréis, y descubriréis otras nuevas, innumerables é incomprensibles....

Glorificad al Señor en todo lo que podáis, dice el Eclesiástico: su gloria y su magnificencia aventajarán todavía vuestras palabras! Celebradle con el auxilio de todas vuestras facultades; es superior á todas las alabanzas. Extended vuestros homenajes; y no os canséis, porque jamás comprenderéis lo que es. ¿Quién podrá verle y representarle? ¿Quién le glorificará segun lo que es desde el principio? (XLIII. 33-55).

Cuanto más admiréis, estudiéis, alabéis y celebréis á Dios, más tendréis que estudiarle, admirarle, alabarle y celebrarle. Y acercados á lo que es, vuestra admiracion y vuestras alabanzas serán apenas lo que un grano de arena comparado con el universo, ó una gota de rocío comparada con el océano. Ved á un hombre que suba á una alta montaña; cuanto más sube, más tierras, valles y ciudades divisa á lo lejos. Habría podido imaginarse que desde la cumbre tocaría el Cielo; pero, al llegar, tiene todavía el Cielo á la misma altura. Así sucede al hombre con relacion á Dios. El hombre se elevará mucho; pero Dios está todavía más alto, dice el Salmista: *Accedet homo ad cor altum, et exaltabitur Deus.* (LXIII. 7-8). Despues de haber explicado estas palabras, S. Cipriano añade: Por más que se diga, se vea y se sepa de Dios, esta vista, estas palabras y estas ciencias no son en realidad lo que una gota de agua en el océano. El ejército todo de los Santos no comprendería tan sublimes é incomprensibles consideraciones. La mirada se turba. Y los mismos Serafines, en su vuelo y elevacion, interponen sus seis alas entre ellos, y aquella invisible luz, y aquella inaccesible naturaleza. (*Lit. quod idola non sunt dii*).

El Señor es grande, dice el Real Profeta, es superior á las alabanzas, y no reconoce limite su grandeza: *Magnus Dominus, et laudabilis nimis, et magnitudinis ejus non est finis.* (CXLI. 3).

Dios es infinitamente digno de alabanzas, dice S. Agustin. Cuando le alabéis, no creáis poder alabar bastante á Aquel cuya grandeza es infinita. No teniendo su grandeza limites, haced que no tengan fin vuestras alabanzas. (*Civit.*).

¿Quién puede ser bastante para contar sus obras, y quién sondeará sus maravillas? dice el Eclesiástico: *Quis sufficit enarrare opera illius? quis investigabit magnalia ejus?* (XVIII. 2-3).

¿Quién pintará la grandeza de su poder, ó quién tratará de contar su misericordia? No pueden disminuirse, ni acrecentarse, ni

conocerse las magnificencias de Dios. Cuando el hombre haya concluido, sólo se hallará en el principio; y cuando descanse, quedará estupefacto, viendo lo que le queda que hacer. (*Ecl. VIII. 4-6*).

Si pudiésemos comprender la inmensidad de Dios, no sería Dios, no sería infinito....

Dios es tan grande, que es preciso tributarle homenaje con un profundo silencio, más bien que con nuestras débiles alabanzas, dice S. Dionisio. Los espíritus, las lenguas y las voces de todos los hombres y de todos los ángeles no bastan para contemplarle, honrarle y celebrarle. Digamos, en una palabra, que Dios lo es todo y que está en todo. Es todo, porque es el principio, el medio y el fin de todas las cosas; es la causa final, conservadora y eficiente de todo; El es quien ha dado y da á todas las criaturas su sér, y las conserva. (*De Divin., c. IV*).

La esencia de Dios es muy angusta, sagrada, sublime, inmensa; y por esto es infinitamente superior á toda inteligencia, á todo concepto y á toda voz, de tal manera, que el ruido de nuestras alabanzas no es más que un pobre concierto, un canto de grajos y picazas. Dios es el océano sin orillas ni fondo. Cada criatura saca de este océano una gota de vida. Dios es un sol perfectamente luminoso y espléndido, al que los hombres y los ángeles toman un ligero rayo de inteligencia. Con razon dice S. Gregorio Nazianceno que Dios es la universalidad de todo, sin principio ni fin. Cállense pues ante Vos, oh Rey de majestad, los cielos y los elementos; cállense tambien los árboles, las yerbas, las flores, las plantas, las praderas, los campos y las selvas. Enmudezcan las aves, los peces, los animales domésticos y las fieras, y tambien los hombres, los ángeles y todas las criaturas; porque ante Vos, oh Dios mio, todas las criaturas reunidas no son más que el ligero grano de arena que basta á hacer inclinar la balanza, la gota de rocío que desaparece al primer rayo del sol, ó bien ceniza, polvo y nada. (*Orat. XLIX*).

Aunque los elegidos en el Cielo ven y poseen á Dios, no le comprenderán jamás; porque el infinito no puede ser comprendido por un sér finito y limitado. Sólo Dios posee la inmortalidad; dice S. Pablo; habita en una luz inaccesible, que ningún hombre ha visto ni puede ver: *Solus habet immortalitatem, et lucem inhabitat inaccessibilem, quem nullus hominum vidit, sed nec videre potest.* (I. Tim. VI. 16). Infinito, Dios es el fin de todo; incomprensible, todo lo comprende, dice S. Cirilo. (*Homil.*).

Dios, dice S. Gregorio, está en todo, fuera de todo, sobre todo y debajo de todo: está sobre todo con su poder; debajo con el sostén que presta; fuera con su inmensidad, y dentro con su espiritualidad y su facultad de penetracion. Está en todas partes por entero, y es el mismo por todas partes: gobernando, sostiene; sosteniendo, gobierna; rodeando, penetra; penetrando, rodea; todo lo arregla sin inquietud, y todo lo sostiene sin trabajo. Está en todos los

lugares, y no está encerrado en ninguno; está en todas partes, y en ninguna; se le ve en todas partes, sin verle jamás. ¡Oh abismo de grandeza! ¿Quién es pues Dios? (*Lib. II. Morat., c. VIII*). Adóremosle, y callémonos....

Dios es luz.

Dios es la luz primera, increada, que sobrepuja, ilumina, vivifica y fecundiza toda luz, haciéndola desaparecer, de la misma manera que el sol eclipsa la luz de las estrellas, dice S. Dionisio: *Deus est prima increataque lux; omnia transcendens, illuminans, vivificans, et ad se quasi sol convertens*. (De Divin., c. IV).

El apóstol Santiago llama á Dios Padre de las luces. (*I. 17*). Dios es llamado Padre de las luces por seis razones:

1.º Porque Dios en sí mismo, ó en su esencia, es la luz increada.
2.º Porque Dios fuera de sí produce á los ángeles, que son luz é inteligencia; y á los hombres, que sólo son inteligencia.

3.º Porque Dios es el creador del sol, de la luna, de las estrellas y de todas las luces. Dijo: Que la luz sea. Y la luz fué: *Fiat lux. Et facta est lux*. (Gen. I. 3). Es el autor de la vida de todos los seres; y la vida es cierta luz. En fin, con su hermosura y su perfeccion, todas las criaturas prueban que el Criador es Padre de las luces. Porque, dice la Sabiduría, con la grandeza y hermosura de la criatura, el Creador puede llegar á ser visible: *A magnitudine speciei et creaturae cognoscibiliter poterit Creator horum viseri*. (XIII. 5).

4.º Dios es llamado Padre de las luces, porque produce todas las luces sobrenaturales, la fe, la sabiduría, la esperanza y las demás virtudes, que son como otras tantas lucientes estrellas. Soy, dijo Jesucristo, la luz del mundo; el que me sigue, no anda en las tinieblas; antes bien tendrá la luz de la vida: *Ego sum lux mundi, qui sequitur me, non ambulat in tenebris, sed habebit lumen vite*. (Joann. VII. 12). Si; Jesucristo es la verdadera luz que ilumina todos los hombres que vienen á este mundo: *Erat lux vera, que illuminat omnem hominem venientem in hunc mundum*. (Joann. I. 9).

5.º Porque toda luz profética ha venido de Dios....

6.º Porque la luz de la gloria, con la que los ángeles y elegidos ven á Dios y son dichosos, procede de Dios, segun las siguientes palabras del Rey Profeta: En Vos, Señor, está el manantial de la vida, y en vuestra luz veremos la luz: *Apud te est fons vite, et in lumine tuo videbimus lumen*. (XXXV. 10). Despues de la resurreccion, Dios comunicará esta gloria al cuerpo de los elegidos por mediacion de su alma. Los justos, dice Jesucristo, brillarán en el reino de su Padre como el sol: *Iusti fulgebunt sicut sol in regno Patris eorum*. (Matth. XIII. 43).

Dios es luz, y en El no hay tinieblas, dice el apóstol S. Juan: *Deus lux est, et tenebrae in eo non sunt ulla*. (I. 1. 5).

Entre Dios, la luz y el fuego, existen bellas y admirables semejanzas: la luz de los astros, la más noble entre las luces naturales, es una luz muy activa, muy eficaz, imparable y purísima, que pene-

tra en el barro sin mancharse, y nos trae calor, esplendor y alegría, haciéndonos verlo todo, y comunicando á todo la vida y el vigor. Así es Dios....

San Dionisio da al fuego y á la luz treinta propiedades que se aplican admirablemente á Dios. (Véase la explicacion y la aplicacion á Dios de esas treinta propiedades en el libro. *Hierarch. Cestest., c. XV*).

¡Oh abismo de las riquezas de la sabiduría y de la ciencia de Dios! exclama el Apóstol de las naciones: *¡Oh altitudo divitiarum sapientiae et scientiae Dei!* (Rom. XI. 33).

Observad cuánta es la extension de la ciencia divina. La ciencia de Dios sobresale de once maneras, ó por once lados, á toda la ciencia humana y angélica: 1.º en cuanto á su objeto: Dios con su ciencia todo lo conoce...; 2.º bajo la relacion del modo y de la perfeccion del conocimiento: todo lo sabe perfectamente...; 3.º bajo el punto de vista de los medios: no es con apariencias, ni por efectos que conoce, sino por esencia...; 4.º con la rapidez de su ciencia...; 5.º con su certidumbre...; 6.º con su eternidad...; 7.º con su uniformidad: la ciencia de Dios es invariable, no aumenta, ni disminuye nunca...; 8.º con su sencillez y unidad; por medio de un sólo y sencillo acto de su inteligencia se conoce á sí mismo y conoce perfectamente todo lo demás...; 9.º bajo la relacion de su ser; porque la ciencia de Dios no es accidental, como la de los hombres y la de los ángeles, sino que es sustancial en Dios; es el mismo Dios...; 10 como causa: la ciencia de Dios es la idea y la causa de todas las cosas creadas...; 11 bajo el punto de vista de su fecundidad y comunicacion; porque la sabiduría y la ciencia de Dios se comunican como una luz inmensa á los ángeles y á los hombres, haciendo que se conozcan y que conozcan....

Sus ojos interrogan á los hijos de los hombres, dice el Salmista: *Palpebrae ejus interrogant filios hominum*. (X. 5): Escudriña los corazones: *Serutans corda et renes Deus*. (Psal. VII. 10).

Todos los pasos del hombre están ante su vista; el Señor pesa los espíritus, dicen los Proverbios: *Omnes viae hominis patent oculis ejus; spirituum ponderator est Dominus*. (XVI. 2).

Y cómo no ha de tener Dios una ciencia infinita si, segun el Eclesiástico, tiene ante su presencia el Cielo, y los Cielos de los cielos, el oceano, y toda la tierra, y todo lo que contienen? *Ecce Caelum et Caeli caelorum, abyssus, et universa terra, et quae in eis sunt, in conspectu illius*. (XVI. 18).

Dios posee una sabiduría infinita; alcanza de un extremo á otro con fuerza, y todo lo dispone con dulzura, dice la Biblia: *Attingit á fine ad finem fortiter, et disponit omnia suaviter*. (Sap. VIII. 1).

Dadme, Señor, dice Salomon, aquella sabiduría que está de pie ante vuestro trono: *Da mihi sedium tuarum assistentem sapientiam*. (Sap. IX. 4).

Penetrarse de sabiduría es aprender a conocer a Dios....

Os dare, dijo Jesucristo a sus Apóstoles, una sabiduría que no podrán resistir ni contradecir todos vuestros enemigos: *Dabo vobis sapientiam, cui non poterunt resistere et contradicere omnes adversarii vestri.* (Luc. XXI. 15).

¡Oh abismo de las riquezas de la sabiduría de Dios! exclama S. Pablo: *¡Oh altitudo dictarum sapientie Dei!* (Rom. XI. 33). En Jesucristo, dice el mismo apóstol, están encerrados todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia: *In quo sunt omnes thesauri sapientie et scientie absconditi.* (Coloss. II. 3).

Si alguno de vosotros, dice el apóstol Santiago, necesita sabiduría, pídale a Dios, que derrama sus dones sobre todos liberalmente y sin quejarse, y recibirá la sabiduría: *Si quis vestrum indiget sapientia, postulet a Deo, qui dat omnibus affluentem et non improperat, et dabitur ei.* (I. 5).

La sabiduría de Dios se manifiesta visiblemente en el firmamento, en el sol, la luna y las estrellas...; en la tierra, en el océano, en las montañas, los valles, los ríos, las fuentes, los árboles, las plantas y las flores...; en las aves, los peces, los animales, los insectos.... Ved la abeja y la horniga....

¡Y con qué divino brillo resplandece aquella sabiduría en los ángeles y en el hombre! Siempre y en todas partes la sabiduría de Dios resplandece como el sol....

Santidad de Dios.

¿Qué es santidad? Es contraer el hábito de vivir con Dios, dice muy bien S. Gregorio Nazianceno: *Quid est sanctitas? Cum Deo consuescere.* (Orat. XLIX).

Dios es la misma santidad; santifica las almas que toca, que inspira y dirige....

Sed santos, porque soy santo, dice el Señor en el libro del Levítico: *Sancti estote, quia ego sanctus sum.* (XIX. 2).

Dios es el principio y la plenitud de la santidad; posee la santidad infinita, porque tiene a un grado infinito todas las perfecciones....

He visto a Adonai levantado sobre un trono, dice Isaías. Serafines estaban de pie, y clamaban uno a otro: Santo, Santo, Santo es el Señor, el Dios de los ejércitos. (VI. 1-3).

Poder de Dios.

Dios dijo: y todo quedó hecho; mandó; y todo fue creado, dice el Salmista: *Dixit, et facta sunt; mandavit, et creata sunt.* (XXXII. 9).

Que la luz sea. Y la luz fue: *Fiat lux. Et facta est lux.* (Gen. I. 3). Esta sola palabra *fiat* basta a Dios para hacer cuanto quiera....

Vos solo, Señor, dice la Sabiduría, tenéis el poder de la vida y de la muerte: *Tu es, Domine, qui vite et mortis habes potestatem.* (XVI. 13).

La sabiduría y la fuerza pertenecen a Dios, dice Daniel; El es quien cambia los tiempos y los siglos, traslada los reinos y los afirma, da sabiduría a los sabios, y ciencia a los que tienen inteli-

gencia de la ley: *Ipsa mutat tempora et etates; transfer regna, atque constituit; dat sapientiam sapientibus, et scientiam intelligentibus disciplinam.* (II. 21).

Dios, dice S. Agustín, es Omnipotente en las cosas grandes como en las más pequeñas. Tanto poder necesita para hacer un mosquito y una hoja, como para hacer el sol, la tierra y los mares. Es Omnipotente para crear el Cielo y la tierra, los seres inmortales y mortales, los espíritus y los cuerpos, las cosas visibles y las invisibles. Es grande en las cosas grandes, y no lo es menos en las más pequeñas. (Serm. CMA).

Dios es el que gana las batallas, dijo Judith: *Dominus conterens bella.* (XVI. 3).

Adonai, Señor, sois grande y hermoso en vuestro poder, y nadie puede venceros. (Judith XVI. 16). Las montañas se conmovieron hasta sus cimientos, y las piedras se hendirán en vuestra presencia como cera: *Montes a fundamentis movebuntur; petre sicut cera liquescunt ante faciem tuam.* (Judith XVI. 18).

Dios, dicen los Proverbios, juega en el universo: *Ludens in orbis terrarum.* (VIII. 31). Nada le cuesta....

El es, dice el profeta Baruch, quien envía la luz; y ella anda: la llama; y ella obedece temblando: *Qui emittit lumen, et vadit; et vocavit illud, et obedit illi in tremore.* (III. 33).

Las estrellas esparcieron su luz cada una en su sitio, y se alegraron. Al ser llamadas, dijeron: Hénos aquí; y brillaron con alegría para el que las ha creado: *Stellae dederunt lumen in custodiis suis; et letatae sunt. Vocatae sunt, et dixerunt: Adsumus; et luxerunt ei, cum jucundate, qui fecit illas.* (Baruch III. 34-35).

Ejemplos del poder de Dios vemos en el diluvio, en el castigo de Sodoma, en las plagas de Egipto, en el paso del mar Rojo, etc.

En todas partes se manifiesta la bondad de Dios, pero principalmente en la creación y conservación de los seres..., en la cruz..., en el altar... y en el Cielo....

Bondad de Dios.

Señor, dice el Salmista, sois el Dios compasivo y dulce, paciente, pródigo de misericordia y de verdad: *Tu, Domine Deus, miserator et misericors, patiens, et multe misericordie, et verax.* (LXXXV. 15). El Señor está lleno de ternura y de clemencia; es pródigo de misericordia. (Psal. CII. 8). La tierra está llena de la bondad del Señor: *Misericordia Domini plena est terra.* (Psal. XXXII. 5). ¡Oh Dios, misericordia mía! exclama el Real Profeta: *Deus meus, misericordia mea.* (LVIII. 18).

Dios, dice S. Bernardo, me agobia con tantos perdones, me anada de tal manera con sus beneficios, que ya no puedo sentir ningún otro peso: *Sic onerat me miserationibus suis Deus, sic obruit beneficiis, ut aliud onus sentire non possim.* (Serm. V. de Nativ. Dom.).

La bendición de Dios es un río que riega e inunda, dice el Ecle-

siástico: *Benedictio illius quasi fluvius inundabit.* (XVIII. 12).
(Véase Bondad de Dios y Misericordia).

Providencia de Dios.

Todas las criaturas, Señor, dice el Salmista, esperan de Vos su alimento para el día señalado; abris la mano, y colmáis todo lo que vive de vuestros dones: *Omnia à te expectant, ut des illis escam in tempore...; aperiente manum tuam, omnia implebuntur bonitate.* (CIII. 27-28).

Los ojos de todas las criaturas están fijos en Vos, Señor; les dais en tiempo oportuno todo lo que necesitan: *Oculi omnium in te sperant, Domine; et tu das escam illorum in tempore opportuno.* (Psal. CXLIV. 16).

No os inquietéis de lo que habeis de comer para sostener vuestra vida, ni de lo que habeis de vestir para cubrir vuestro cuerpo, dice Jesucristo: vuestro Padre sabe que tenéis necesidad de todas estas cosas: *Ne solliciti sitis anime vestrae quid manducetis, neque corpori vestro quid induamini; scit enim Pater vester quia his omnibus indigetis.* (Matth. VI. 25-32).

El Rey del universo, dice S. Cipriano, todo lo administra, todo lo arregla y todo lo ordena perfectamente. Debemos admirar la integridad, la perfección, la semejanza, la diversidad, el orden, la unión, la sucesión, la fuerza, el poder, la armonía, la hermosura de todas las cosas separadamente tomadas ó reunidas. (Serm.).

Admirad la providencia de Dios que todo lo gobierna desde hace seis mil años, en el universo; en el firmamento los astros, y en la tierra los animales y las plantas, etc....

Si algunas veces nos parece que Dios retira por un momento la mano de su providencia, culpemos de ello á nuestras faltas. Sólo el pecado trastorna el orden del universo. Pero los castigos del pecado son una providencia; porque el castigo del mal es la reparación del desorden, y por consiguiente el orden.....

Dios es inmutable.

Dios es inmutable; no hay en él cambio ni sombra de vicisitud, dice el apóstol Santiago: *Apud quem non est transmutatio, nec vicissitudinis obumbratio.* (I. 17). Da cinco modos es inmutable Dios: 1.º por su naturaleza, que es inmortal; 2.º por su esencia, que es inalterable; 3.º por el lugar que ocupa siendo infinito; 4.º por su voluntad, que es siempre constante; y 5.º en su acción, pues obra sin pasión....

Soy el Señor, dice por boca de Malaquías, y no mudo: *Ego Dominus, et non mutor.* (III. 6). La causa principal, ó más bien la razón de la inmutabilidad de Dios, dice Sto. Tomás, es 1.º la plenitud de la perfección de la naturaleza divina; pues esta naturaleza no puede cambiar para buscar algún bien ó deseárselo, teniéndolos todos por esencia. Dios es inmutable, porque es un acto puro, y nada se mezcla á su poder. (5.º art. 7).

Todo cambio, dice S. Bernardo, es una imitación de la muerte. Por esto dice el Salmista. Los cielos perecerán, y Vos sobrevivireis, Señor; envejecerán como un vestido; los cambiaréis como una capa,

y quedarán mudados; pero Vos permaneceréis eternamente el mismo, y vuestros años no acabarán: *Ipsi peribunt; tu autem permanes, et omnes sicut vestimentum veterascent. Et, sicut oportorium mutabis eos, et mutabuntur; tu autem idem ipse es, et anni tui non deficient.* (Cl. 27-38. — Serm. LXXXI in Cant.).

2.º Dios es inmutable, porque es sencillísimo, nada puede añadirsele, acercársele ni quitársele, dice S. Agustín. (De celest. Vit.). San Anselmo da otra razón de la inmutabilidad de Dios. Vos solo, Señor, sois lo que sois, dice. Aquel en quien hay cambio, no es absolutamente lo que es: lo que ha tenido y no existe, lo que tendrá y no existe todavía real y absolutamente, no es. Pero Vos, Dios mío, sois y seréis siempre lo que habeis sido. Lo que cambia, pierde lo que ha tenido, y adquiere lo que no tiene; Dios nada pierde ni adquiere. (Lib. de Similit.).

Tantas veces como somos lo que no éramos y dejamos de ser lo que éramos, dice S. Agustín, otras tantas morimos y resucitamos. (Sentent.).

El mismo incomparable Dortor da todavía otra razón de la inmutabilidad de Dios. Dios es inmutable, dice, porque la voluntad de Dios es eterna, y todo lo que se verifica en el tiempo durante el ser de siglos, lo ha querido y decretado Dios una vez desde la eternidad. Es imposible que lo que Dios ha querido eficazmente desde toda la eternidad deje de suceder en el tiempo, verificándose lo contrario; pues de otra suerte escaparíamos al eterno decreto de Dios. Aquel Padre da también por razón de la inmutabilidad de Dios que el pasado y el porvenir son una misma cosa para el Sér Supremo. De modo que, así como lo que queremos en la actualidad no podemos dejar de quererlo, Dios no puede dejar de querer lo que quiere para el porvenir, pues para Él el futuro es el presente (In Psal.).

Ninguna criatura le está oculta, dice el Apóstol de las Gentes; pues todo está desnudo y descubierto ante su vista: *Non est ulla creatura irrisibilis in conspectu ejus; omnia nuda et aperta sunt oculis ejus.* (Hebr. I. 13). En Él, añade S. Pablo, tenemos la vida, el movimiento y el sér: *In ipso vivimus, movemur, et sumus.* (Act. XVII. 28). Dios, dice el Real Profeta, conoce todos los pensamientos de los hombres: *Domínus scit cogitationes hominum....* (XCIII. 1).

Dios está en todas partes; y todo lo ve.

El Señor es el Altísimo, el Dios terrible, es el gran Rey que reyna en toda la tierra, dice el Salmista: *Domínus exelsus, terribilis; Rex magnus super omnem terram.* (XLI. 2).

Dios es Rey y Rey eterno.

Dios se llama en el Apocalipsis Rey de los reyes: *Rex regum.* (XVII. 14).

A Dios pertenece el imperio, y reinará sobre todos los pueblos: *Domini est regnum, et ipse dominabitur gentium.* (XXI. 31).

Dios permanece eternamente invencible, y subsiste para siempre,

dice el Eclesiástico: *Manet invictus Rex in aeternum.* (XVIII. 4).

Reina en el Cielo por su gloria, en la tierra por su gracia, y en el infierno por su justicia y por su venganza.....

El que es grande y sublime, habita la eternidad, dice Isaías: *Excelsus et sublimis habitans aeternitatem.* (LVII. 13). Habita la eternidad, es decir, habita en sí mismo, porque es su eternidad. Habita en su Divinidad, que es la misma eternidad.....

Dios es nuestro
todo.

Alejarnos de Dios, dice S. Agustín, es caer; volvernos hácia Él, es resucitar; permanecer en Él es estar en seguridad. Nadie lo pierde sin experimentar decepcion; nadie lo busca sin estar advertido por la gracia; nadie lo halla si no ha sido siempre puro, ó no se ha purificado. No conocer á Dios es morir; conocerle es vivir; despreciarlo es pecar; servirle es reinar (1).

Si el mismo Dios no construye la casa, dice el Real Profeta, los obreros habrán trabajado inútilmente: *Nisi Dominus edificaverit nomum, in vanum laboraverunt qui edificant eam.* (XXXVI. 2).

No somos capaces, dice el Apóstol de las Gentes, de tener por nosotros mismos ningún buen pensamiento, como cosa de nosotros mismos: Dios es, por el contrario, quien nos hace capaces de tenerlos: *Non quod sufficientes simus cogitare aliquid á nobis, quasi ex nobis; sed sufficientes nostra ex Deo est.* (II. Cor. III. 5).

Es preciso co-
nocer á Dios.

En el conocimiento de su Creador, el hombre es un verdadero irracional, dice S. Jerónimo: *Absque noticia Creatoris sui, homo pecus est.* (Comment.).

No hay nada mejor que el conocimiento de Dios, dice S. Agustín; porque nada es tan placentero: este conocimiento es la felicidad misma: *Cognitionis Dei nihil melius est, quám nihil beatius est; et ipsa vera beatitudo est.* (Lib. de Civit.).

Dirigiéndose Jesucristo á su Padre, le dijo: La vida eterna consiste en conoceros á Vos el único Dios verdadero, y á Jesucristo, á quien habeis enviado: *Hæc est vita æterna, ut cognoscant te solum Deum verum, et, quem misisti, Jesum Christum.* (Joann. XVII. 3).

El conocimiento del único y verdadero Dios, dice S. Jerónimo, es la posesion de todas las virtudes; pues acordarse de Dios hace evitar todos los crímenes: *Notitia unus Dei, omnium virtutum possessio est. Memoria Dei excludit omnia flagitia.* (Comment. in hæc verba Evang.)

¿Es muy difícil llegar al conocimiento de Dios? No; basta desearlo. Pedid, dice Jesucristo, y recibiréis; buscad, y hallaréis; llamad, y se os abrirá: *Petite, et dabitur vobis; querite, et invenietis; pulsate, et aperietur vobis.* (Matth. VII. 7).

Cuando se busca á Dios y se desea conocerle, se manifiesta de dife-

(1) Deus, á quo averit, cadere est; in quem converti, resurgere; in quo manere, consistere. Deus, quam nemo vidit, nisi deceptus, nemo querit nisi damnatus, nemo invenit nisi purus aut purgatus. Deus, quem necesse miri est, quam nosse, vivere est; quem spernere, peccare est; cui servire, regnare est. *Homil.*

rentes modos: 1.º en el firmamento. Los cielos, dice el Salmista, cuentan la gloria de Dios, y el firmamento anuncia la obra de sus manos: *Cæli enarrant gloriam Dei; et opera manuum ejus annuntiat firmamentum.* (XVIII. 1).

La tierra y todo lo que contiene nos da á conocer al Criador y su omnipotencia.....

Cada criatura examinada en particular nos da una nocion de la Divinidad. El universo es un libro impreso por la mano de Dios.....

2.º Dios se da á conocer sobre todo por la revelacion, que es la Sagrada Escritura...; 3.º se da á conocer por medio de la Iglesia docente...; y 4.º se manifiesta finalmente en la oracion y en el ejercicio de las virtudes.....

Es preciso que todos los principios vayan al único principio, todas las hermosuras á la sola y verdadera hermosura, todas las verdades á la verdad suprema, todos los bienes al único verdadero bien; es preciso, en una palabra, que todo pertenezca á Dios, el cuerpo, el alma, el espíritu y el corazon, no formando todo más que una ofrenda dirigida á Aquel que es uno.

Hemos de ser
vir á Dios.

Apartad vuestra esperanza y vuestro amor de las criaturas, oh hombres; y cifradlos en Dios, que se os entregará, si quereis. Servid á Dios con fidelidad, con perseverancia; y poseeréis á Dios. Si no sois bastante sabio, Dios es la sabiduria suprema. Dios es el principio de todas las virtudes. Si la pobreza, los sufrimientos, las calumnias y toda clase de pruebas os atormentan, acudid á Dios, que es omnipotente y omnisciente.

Todas las criaturas sirven á su Criador como por instinto natural, y le obedecen, le veneran, le temen, le aman y le adoran. Por esta razon, limitándonos á pocos hechos, el sol y la luna se oscurecieron á la muerte de Jesucristo, las penas se rompieron, las tumbas se abrieron, y, profundamente conmovido, el globo todo se estremeció.

El hombre depende más de Dios que de sí mismo, y por esta razon está más obligado á procurar por los intereses de Dios que por los suyos. Pero, procurando por los de Dios, procura por los suyos propios; porque el bien de Dios es el bien de cada cual y de todo el universo.

Si la inquietud y los cuidados os asedian, ponedlo todo á los piés de Dios, que es la providencia universal.

Si se os presenta un trabajo penoso y superior á vuestras fuerzas, mirad á Dios, diciendo con el Apóstol: Todo lo puedo en el que me fortifica: *Omnia possum in eo qui me confortat.* (Philipp. IV. 13).

La consumacion, la perfeccion de la sabiduria y de la virtud es Dios, lo mismo en el hombre que en el ángel.....

Debemos amar á Dios con todo nuestro corazon, toda nuestra alma y todas nuestras fuerzas.... Debemos amarle, porque es soberanamente amable en sí mismo, y tambien porque nos ha amado soberanamente, etc.....

Hemos de amar
á Dios.